

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ajedrez humano

CURTIS GARLAND



SS

SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

AJEDREZ HUMANO

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.194

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 17.048 – 1973
ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: junio, 1973

© CURTIS GARLAND - 1973
texto

© ENRIQUE MARTÍN - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

T
los
perso
y
entid
que
apare
en
esta
nove
así
como
las
situa
de
la
mism
son
fruto
exclu
de
la
imag
del
autor
por
lo
que
cualc
seme
con
perso
entid
o

hecho
pasado
o
actual
será
simple
coinc

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.182— ¡...Y Nueva York fue destruida!

En Colección PUNTO ROJO:

573 — Murciélago de alas rojas.

CAPÍTULO PRIMERO

SE detuvo el «Rolls Royce» frente a la fachada de piedra gris, con escalones de acceso a la amplia, suntuosa puerta de recia madera de roble.

Eran seis los escalones que subían hasta la entrada del Mayfair Club de la Quinta Avenida neoyorquina. Seis escalones los que subió el hombre que había descendido poco antes del automóvil, tras recibir el saludo ceremonioso del portero de ostentosa librea color granate, al inclinarse ante él:

—Buenas tardes, señor Talbot. Bien venido al club, señor.

Jeremy Talbot depositó en la mano del empleado una generosa propina. Cualquiera hubiese abierto los ojos con enorme estupor, ante la entrega generosa de un billete de veinte dólares, alargados hasta la mano del portero como si se tratase de una simple moneda de cincuenta centavos. Sin embargo, el portero de lujoso uniforme no reveló la menor emoción en su rostro alargado y grave, cuando guardó con cierta elegancia ese billete en uno de sus bolsillos.

Para cualquier habitual del Mayfair Club, sin embargo, eso no hubiera resultado nada anormal. Las propinas acostumbraban a ser allí generosas. Y si el que las daba era un caballero llamado Jeremy Talbot, esas propinas eran particularmente cuantiosas, y su generosidad no podía constituir una sorpresa para nadie.

Talbot se internó en el local, sin necesidad de exhibir su credencial de socio al portero de turno. Privilegio también reservado exclusivamente a unos pocos, a los más antiguos y conocidos socios del club. Eso, en un recinto reservado para magnates, millonarios y grandes capitalistas, indicaba claramente la personalidad especial del hombre que ahora había entrado, con la cabeza erguida, la mirada fija ante sí, como ignorando al resto del mundo que puliera rodearle, y solo pendiente de aquello que él

debía recorrer, en un camino inexorable, rotundo y preciso, seguro e inamovible, contra el que nada podía ninguna clase de obstáculos, por fuertes y por decisivos que estos pudieran ser.

Jeremy Talbot entró en las dependencias acogedoras, suntuosas, confortables y sorprendentemente silenciosas del club neoyorquino reservado especialmente a los hombres que podían pagar la cuota de mil dólares mensuales de ingreso, más la suma de entrada, en concepto de fianza y aceptación como socio, de cincuenta mil dólares.

Podía parecer un lujo excesivo y sin sentido el de pertenecer a aquel club, pero no era así, ni mucho menos. Tanto él como los demás socios que formaban la selecta, reducida y privilegiada concurrencia social del Mayfair de la Quinta Avenida, disfrutaban así de una soledad y recogimientos únicos, de todo el lujo y confort del club, de sus especiales atenciones a sus socios, de biblioteca, distracciones, servicio de restaurante, bar y discoteca propios, amén de otros muchos servicios incluidos en los derechos de socio del lugar.

—Buenas tardes, Jeremy —saludó alguien, a su paso, con un aburrido bostezo, desde la poltrona granate arrinconada junto a un hogar típicamente inglés, que irradiaba un grato calor rústico, en la fría, nubosa tarde invernal de Manhattan.

—Hola, Seymour —respondió él; dirigiendo apenas una vaga mirada al hombre del saludo—. ¿Cómo van esos astilleros en Virginia?

—No mal del todo —suspiró Seymour, encogiéndose de hombros, y dejando de leer críticamente la página literaria del Tribune—. Creo que las acciones subirán mañana por lo menos cinco enteros en Wall Street.

—Lástima que no pueda mi corredor adquirir ninguna —sonrió Jeremy—. Sería un buen negocio.

—Ya sabes que todos los míos son siempre buenos negocios, Jeremy —rio burlón el magnate de los astilleros y negocios navales, Tarleton Seymour—. Pero tuviste que adivinar antes que esas acciones tendrían un gran valor. Ahora, creo que ya es tarde para que logres algo en el mercado. La gente no es tonta.

—Yo tampoco lo soy —replicó Talbot—. Lo que ocurre es que siempre me ocupé más de mis negocios que de los tuyos. Eso es lo

que pasa, amigo mío...

Y sin añadir más, entró en la amplia sala destinada a fumar y leer la Prensa del día, ante los grandes ventanales asomados a la Quinta Avenida, en aquel punto particularmente suntuoso y residencial de la lujosa arteria neoyorquina.

Se acomodó en un asiento sobre el que caía tamizadamente la luz de la tarde, y tomó con pereza los ejemplares financieros del día. A un gesto suyo, uno de los camareros se acercó. Le sirvió lo habitual: su café bien fuerte y su buen brandy europeo. Todos conocían allí los gustos especiales de Jeremy Talbot. Y sus propinas, sobre todo.

—Quisiera charlar con mi amigo Banyard —dijo de repente, mirando muy fijo al camarero por encima del desplegado ejemplar del suplemento financiero del New York Times—. ¿Le ha visto por aquí, Herbert?

—No, señor —negó el camarero del club—. No vi aún al señor Banyard durante todo el día de hoy...

—Bien, gracias. Es igual, de todos modos. Ya vendrá más tarde. O le veré mañana...

El camarero se alejó. Jeremy Talbot se sumergió en la lectura del diario, apaciblemente. Pero, en realidad, su mente no estaba demasiado fija en los altibajos de la Bolsa de aquella semana. Seguía pensando en su amigo Lamont Banyard. Hubiera querido verle en ese momento. Tenía cosas que contarle. Cosas que, sin duda, hubiesen agradado a Banyard. Y, sobre todo, muy especialmente, cosas que le hubieran sorprendido y desorientado.

Una sonrisa burlona flotó en los labios de Talbot, al evocar mentalmente a su amigo Banyard y su posible reacción ante lo que él tenía que decirle. Indudablemente, a Banyard iba a causarle extrañeza su sugerencia. Pero infortunadamente, Banyard no había llegado aún al club. Tendría que reservar aún para sí, durante algún tiempo, la singular idea que se le había ocurrido. Una idea, indudablemente, solo posible en un cerebro como el de un hombre llamado Jeremy Talbot. Jamás las personas vulgares y rutinarias, como Lamont Banyard, tendrían ideas semejantes. No era posible que nadie pensara en emociones nuevas. El mundo había entrado desde hacía muchos años en un estancamiento adocenado, vulgar y terriblemente aburrido. La gente rica, como él y como Banyard,

solamente pensaban en lugares como el Mayfair Club, las horas de asueto rodeados de lujos y de atenciones, y muy poca cosa más.

Otros, los jóvenes, pensaban en el deporte. El deporte caro, por supuesto. El barato no tendría importancia ni interés. Tenía que notarse que uno era rico. Tenía que notarse en todo, incluso en la clase de deporte a practicar. ¿Fútbol, remo, natación? No, no. Caza mayor, safaris, yates, regatas, avionetas y cosas así. Los ricos eran los ricos, y no podían renunciar a sus privilegios ancestrales. Para algo estaba el dinero.

El dinero... y la juventud. Talbot sonrió para sí, volviendo la hoja tras comprobar, satisfecho, que también sus acciones iban parejas en aumentos de cotización con las de los Seymour y otros. Juventud... Era la clave para cualquier deporte.

Hacía años que las personas como él y Banyard no practicaban ningún deporte con emoción y riesgo. La edad, la vida muelle, las grasas, la pesadez, la comodidad... Todo eso eran lastres demasiado grandes para ir muy lejos en una práctica deportiva. Pero existían deportes fascinantes, deportes originales, únicos, que podían ser la mejor de las diversiones, la emoción suprema de una vida humana.

Y en estos momentos, Jeremy Talbot no pensaba solamente en el coleccionismo, en ese curioso y extraño afán de las personas desocupadas, que sueñan con reunir ejemplares únicos, de lo que desean. Sean sellos, postales, vitelas de habanos, mariposas, animales disecados o cosas así, hasta libros incunables, grabados antiguos y toda clase de cosas que el hombre pueda coleccionar por simple capricho.

No, no era eso. Ellos, ambos, eran coleccionistas, eso sí. Pero esto era diferente. Muy diferente. Era otra cosa.

Y la idea del coleccionismo, le hizo reír silenciosamente entre dientes, sin que sus ojos de halcón, agudos y fríos, se apartaran de las páginas de cotización del suplemento semanal del Times.

—Ah, cuando llegue Banyard... —musitó entre clientes, irónico—. Será divertido ver su gesto. Muy divertido, seguro...

* * *

Aquella tarde, sorprendentemente, Lamont Banyard faltó a su cita habitual en el lujoso Mayfair Club de la Quinta Avenida.

Cuando era ya noche cerrada, y la hora avanzada impedía esperar que surgiese en momento alguno su amigo Banyard, Jeremy Talbot se puso en pie con un suspiro, abandonó el volumen que había estado leyendo durante la última hora, y se movió hacia la salida.

—Si por casualidad telefonease o viniese aún el señor Banyard antes de cerrar el club —habló al camarero, tendiéndole su habitual propina generosa—, hágale saber que mañana a las cinco en punto, estaré esperándole. Añada que tengo cosas importantes que decirle. Muy importantes para ambos. Que no se ausente si llega antes que yo. Que me espere.

—Sí, señor Talbot —afirmó el camarero, respetuoso, inclinando la cabeza—. Vaya tranquilo. Así se lo haré saber al señor Banyard...

Talbot sabía que podía estar seguro de eso, si Herbert lo decía. Abandonó el club con su mismo aire impávido, erguido, solemne, lejano de cuanto le rodeaba, como un ser de otra especie o clase diferente a la de la humanidad restante que le circundaba.

El «Rolls Royce» se alejó del Mayfair Club, bajo las luces brillantes de la céntrica, lujosa arteria de Manhattan.

Su ruta era la de siempre. Recto hacia el norte de la gran isla neoyorquina, y luego hacia el Bronx, donde tenía su residencia Jeremy Talbot, de los Talbot cuyo nombre se hiciera famoso en Wall Street desde 1910 hasta estos momentos, a través de varias generaciones —tres, exactamente, comenzando por el viejo Josuah Talbot, fundador de la dinastía de los grandes magnates de las finanzas, y con duros principios como lavaplatos, vendedor de periódicos y cuanto un *self-made-man* americano puede ser habitualmente, a lo largo de su existencia, partiendo siempre de cero—, generaciones todas ellas, ciertamente, raramente dotadas del fino instinto que convierte al hombre en moderno Midas, y cuyo contacto, simplemente, parece convertir en oro cuanto rozan sus dedos.

La historia eterna de un Rockefeller, un Ford, un Vandebilt, un Onassis o cualquiera de estos míticos hombres nacidos de la nada y encumbrados a la cima máxima del poder del oro, se repetía, una vez más, en un ciudadano medio americano, allá en los primeros años del siglo.

Ahora, Jeremy Talbot no era sino el continuador de la estirpe.

Que ya era bastante, porque Talbot sabía hacer dinero. Y si algo sabía, aparte de eso, era procurarse nuevas emociones, sensaciones diferentes, aficiones fascinadoras, gustos exquisitos y extraños.

En otro lugar de la ciudad, el hombre a quien él había estado aguardando en vano en el suntuoso Club Mayfair, bien ajeno al interés de su amigo por ese encuentro, vivía un momento realmente histórico en su existencia de hombre maduro, rico, poderoso y, como el propio Talbot, un poco hastiado de todo, y cada vez más incrédulo sobre la hipotética existencia de nuevas emociones, de fascinaciones ignoradas.

Lamont Banyard, después de dos años de distanciamiento, veía nuevamente a su hija,

Y la que al apartarse de él fuera un día una simple muchacha, una adolescente que casi rozaba la niñez, volvía ahora convertida en algo muy diferente, para asombro de su propio padre, en primer lugar.

Volvía hecha una mujer.

Y, lo que era más admirable y maravilloso para Banyard: una mujer muy bonita, muy atractiva, muy seductora.

* * *

—¿Feliz de encontrarte nuevamente en tu país?

—Oh, Clint, creo que es algo maravilloso —asintió, risueña la joven, apoyada en la borda del transatlántico que ahora mismo daba su proa a la inevitable estampa turística de cualquier recién llegado a los Estados Unidos, a través de la amplia puerta de Nueva York.

La estatua de la Libertad, los rascacielos allá a la distancia, como agujas grises verticales, entre el azul del mar y el nublado del cielo frío invernal, tras el velo de la bruma húmeda que envolvía la ciudad. La estatua, en su pequeña Bedloes Island, esa especie de plataforma a la que propiamente no se puede llamar suelo americano, ya que se formó con lastre compuesto de tierra y cascotes que los veleros arrojaron por la borda durante decenios enteros, les daba la bienvenida de postal que todo el mundo ha visto sin necesidad de acercarse siquiera a Nueva York.

Miss Liberty hizo entonar soñadoramente los ojos a la joven

Evelyn Banyard, que regresaba al hogar. Era el retorno a casa, era la puerta abierta de un sitio entrañable y recordado siempre. Era como si nada hubiera ocurrido. Como si dos años enteros en el internado para señoritas de Londres, no hubiera sido más que simple imaginación.

Pero no había sido imaginado, no. Ella estuvo allí, desde sus insoportables diecisiete años hasta los diecinueve de hoy. Ella fue la internada que se educó en Londres, castigada en cierto modo por su padre, para enseñarle que en la vida no todo era muelle ni cómodo, que la vida no se componía simplemente de llamarse Banyard, gastar el dinero de la familia alegremente, y no ser nada ni nadie, salvo una figura de relumbrón en los ecos de sociedad. Y, a veces, también protagonista de otra clase de comentarios periodísticos menos agradables: la crónica de sucesos, por ejemplo...

Allí apareció ella cuando tenía diecisiete años. Allí, mezclada en un doble choque de automóviles, provocado por ella, a causa de velocidad excesiva en su deportivo vehículo rojo, y con heridos graves como resultas del mismo. Afortunadamente, los heridos sanaron, y todo se redujo al accidente en sí y sus consecuencias mínimas, pero eso fue como la clásica gota que colma el clásico vaso lleno. Banyard estalló en justa ira, y ella pagó los platos rotos, como no podía ser de otro modo.

Directamente, partió tras aquel suceso, rumbo a Inglaterra. Cruzó el Atlántico con más prisas que ahora, en un reactor que la depositó en el aeropuerto de Croydon, en manos de un respetable caballero llamado mistar Phillpotts, que la llevó, todo cortesía, frialdad y ceremonia, a la residencia para señoritas donde se estudiaba el auténtico inglés, el que aún no se había importado puro a los Estados Unidos, y si se había importado, la gente lo disimulaba bastante bien.

Además, del inglés, aprendió buenos modos, una férrea aunque a veces flexible disciplina, supo que llamarse Evelyn Banyard dejaba fríos por completo a los circunspectos, graves y, pese a todo, exquisitamente amables ingleses, y por fin empezó a darse cuenta, con cierta sorpresa por su parte, de que el mundo no giraba alrededor suyo exclusivamente

Evelyn se adaptó. Era inteligente y, por otro lado, no era tan

mala como parecía. Su único mal era ser hija de Lamont Banyard y saber que las sumas que su padre podía manejar en sus negocios, siempre iban seguidas de un mínimo de siete ceros, con la cifra mágica del dólar como remache. Lo cual tenía sin duda alguna su importancia. Sobre todo, en Manhattan. Y en una gran parte de los Estados Unidos, donde sabían que un Banyard podía ser lo mismo un excelente whisky *bourbon* destilado por las factorías de Lamont Banyard, que una canoa automóvil de su empresa naviera deportiva, que un helicóptero de los últimamente utilizados por la Marina, para cierta clase de experiencias y ensayos en las regiones árticas, o bien justamente eso: un Banyard. Un miembro de una de las familias más ricas del país.

Lo cierto es que durante veinticuatro meses —pero veinticuatro meses de verdad, intensivos, sin vacaciones de verano o de Navidad, siempre estuvo reducida su vida a permanecer en la residencia, o bien a tener unas pocas horas de asueto, aunque siempre vigilada por una de las jóvenes, delgadas, rubias y pajizas damitas británicas que, con sobrio uniforme azul oscuro y un emblema dotado —¡cómo no!— de ampulosa corona y no menos ampulosos leones rampantes, se ocupaban de ser como azafatas, camareras y bedeles a la vez de la residencia para señoritas extranjeras Royal Terrace School, de Primrose Hill, al norte de Londres, y muy cerca de Regent's Park Road.

Tan atentamente como ella contemplaba la estatua de la Libertad, lo hacía su compañero de viaje, el alto joven de cabellos castaños y ojos grises, con su gabardina flotando por efectos del fuerte viento marino, y en ambos había una misma sensación de agrado, de nostalgia complacida, cuando miraba la efigie de piedra de la vieja amiga liberal que les daba la bienvenida con su antorcha bien en alto, aparentemente enana su estatura, a causa del contraste con las proporciones colosales de la gran urbe que, allá atrás, esperaba recibirles con los brazos abiertos.

—¿No te gustó Inglaterra? —preguntó de repente el joven, inclinándose junto a ella y apoyando sus brazos en la borda, sin importarle que el aire jugueteara con sus cabellos casi furiosamente, revolviéndoselos a ráfagas.

—Mucho —rio ella—. Lo poco que vi, era admirable. Pero es eso; vi tan poco... Siempre metida allí dentro, siempre entre las

altas verjas, los jardines, o las paredes de la casa. Era como estar en una celda. Y no me diga que los jardines y campos de deporte pueden servir de algo en este caso, porque estoy bien segura de que no es cierto. Sigue siendo todo como una celda, aunque se vea aire y vegetación por doquier. A fin de cuentas, existen unos límites que no podemos traspasar. Esa prohibición es la que lo estropea todo.

—Todos somos prisioneros en alguna forma —sonrió el joven viajero, pensativo—. Todo depende de las dimensiones que le den a nuestra celda, pero siempre se termina por llegar a un punto donde alguien dice: «Desde aquí, no se puede pasar.»

—Tú no podrías entenderlo. No es nada fácil, Clint, cuando no se ha pasado. Además, siempre amé la libertad, el albedrío sin cortapisas. Fue una dura lección, oréeme.

—Te creo. Pero algún día volverás a Inglaterra. Entonces verás cómo te gusta aquello y no lo relaciones con estos dos años que tan mal recuerdo guardan para ti.

—No es que guarden mal recuerdo, Clint. Aprecio lo que mi padre ha hecho por mí, en su justo valor. Realmente, creo que fue una buena cosa. Soy una mujer muy diferente a la que se fue de aquí. He mejorado, lo sé. Entonces no hubiese sido nada de utilidad, salvo para cometer locuras y hacérselas cometer a los demás. Pero no era mi culpa tampoco. El dinero es mal consejero, Clint. Y los amigos, y las chicas, y todo eso...

—Claro. Lo sé muy bien, Evelyn —sonrió Clint—. No creo que eso sea tan malo como supones. Todos hemos sido rebeldes alguna vez. Lo que me pregunto ahora, es lo que dirá tu padre cuando te vea de nuevo. Tuvo la fortaleza suficiente para soportar estos dos años sin ir a verte, sin permitirte salir de allí, ni siquiera para unas fiestas de Navidad o unos días de asueto en verano...

—Papá sabe ser duro. Imagino que solamente así se puede hacer la fortuna que hizo él partiendo de la nada. Ahora, espero que todo sea diferente. Me tiene tal como realmente me quiso siempre. Convertida en una mujer. Una mujer dócil, correcta, alegre y juvenil, pero sin pensar en cometer locuras.

—Y, además de eso... una mujer bellísima, Evelyn. Una maravilla de muchacha...

Ella enrojeció intensamente. Incluyó la cabeza. Contempló, profundamente pensativa, las aguas que se movían rápidas a ambos

lados de la quilla de proa de la embarcación, el transatlántico esbelto y ligero que se acercaba cada vez más a Nueva York, a sus muelles y tierra firme. A suelo americano, en suma.

—Gracias —dijo suavemente Evelyn—. Gracias, Clint...

—Bah, no hables así. Sabes que es cierto. Que eres una mujer única, maravillosa. Y que yo me he enamorado de ti total, absolutamente.

—Clint, no puedes saber si es amor. Seamos solo buenos amigos, como hasta ahora, pero no insistas sobre el noviazgo. No sé si te amo. Y tú tampoco puedes saberlo...

—Es lo que tú dices, Evelyn. Yo respondo de mis sentimientos.

—¡Pero si apenas nos conocemos tú y yo!

—Bastó con que aquel día la señorita Fitzpatrick me dejara acercar a vosotras, pensando que iba por ella, para que supiera que iba a enamorarme de ti —habló con voz grave el alto joven del revuelto cabello color café y los ojos color de cielo nublado, como el que servía ahora de palio a la ciudad de los rascacielos.

—Oh, la señorita Fitzpatrick —se echó a reír de buena gana ella—. Tan solemne, tan seria... y, sin embargo, se volvía loca por unos pantalones. Fuiste muy astuto al engañarla, haciéndole creer que ibas por ella.

—A veces, hay que utilizar las malas artes para llegar a algún sitio —cementó él, risueño—. Pero de verdad te digo, Evelyn, que ese día y los siguientes, así como las dos visitas que logré hacer a la residencia, fingiendo interesarme, como delegado del Gobierno norteamericano, cerca del embajador de los Estados Unidos en Londres, por las súbditas de mi país en la residencia, fueron afianzando poco a poco esos sentimientos, esa seguridad mía.

—¡Poco a poco! —se quejó ella, divertida—. Si apenas necesitaste una semana. ¿A eso le llamas tú ir «poco a poco», Clint?

Clint Dillman se echó a reír de buena gana. Luego, caminó a lo largo de la borda, hasta un punto donde, deteniéndose de pronto, se volvió a ella, apoyó los codos en la barandilla, y comentó, jocoso:

—Los tiempos son apresurados, Evelyn. No se puede ir despacio, o uno se queda muy atrás. Es lo que pensé al conocerte.

—Y pisaste el acelerador.

—Era inevitable. Incluso el viejo míster Pennington te miraba de un modo...

—¡Pobre viejo y honorable señor Dennis Pennington, director de la residencia y profesor de idiomas! —se horrorizó ella—. ¿De veras piensas tales cosas de los demás? Era... era más que un padre para mí. Exactamente, un abuelo.

—Pues incluso de él sentí celos. Y resolví no dejarte con nadie cerca. Decidí luchar para ganarte. Y sigo luchando, Evelyn. Seguiré luchando siempre, ocurra lo que ocurra.

—¿Ocurra lo que ocurra? —ella le miró, divertida—. Clint, podría suceder que ahora, al llegar a los Estados Unidos, mi padre me tuviera buscado novio. Tú sabes cómo se hacen estas cosas entre las personas de nuestro mundo social. A veces, una no cuenta nada en el asunto. Y cuando llega... está ya casada o casi casi. Matrimonios de conveniencia, compromisos familiares, intereses económicos y sociales, y cosas así.

—Eres particularmente cruel conmigo —se irritó Clint, mirándola gravemente—. Solo soy un compatriota tuyo, un joven americano que pasaba una temporada de vacaciones en Inglaterra, que trabajaba para el Gobierno y que, por ciertas circunstancias casuales e imprevisibles tuve que ayudar a mi Empajada en Londres en unos asuntos. Lo cual me permitió conocerte a ti y entablar esta relación, amistad, noviazgo...

—¡Clint!

—...O como quieras llamarlo —suspiró él resignadamente—. De modo, Evelyn, que no hay motivo para que te ensañes conmigo y me hagas creer que en los Estados Unidos me aguarda un futuro esposo para ti, señalado por puro capricho paternal. No sería justo. Nada de eso es justo ni lo fue nunca. Menos aún, hoy en día, en nuestros tiempos actuales, Evelyn querida.

—No me llares «Evelyn querida» —se irritó ella—. A papá no iba a gustarle nada. Y no trataba de ser cruel tampoco. En una de sus últimas cartas, mi padre me hablaba de la posibilidad de un buen marido.

—¿Quién? ¿El viejo Rockefeller o el anciano Vandebilt en persona? —se mofó él—. Son bastante buen partido...

—A veces eres odioso, Clint —ella dio un taconazo de ira sobre la cubierta del transatlántico—. No se trata de nada así.

Sencillamente, hubo un joven con quien yo salí en muchas ocasiones cuando tenía menos de diecisiete años. Un rico muchacho llamado Ernie Lemmon. A papá le pareció bien emparentar a los Banyard con los Lemmon. Y así estaban las cosas. Últimamente, Ernie se ha preocupado mucho por mí. Sigue soltero. Es rico, guapo, tiene pasión por los coches de carreras, las avionetas y las lanchas a motor. ¿Resulta raro que todo esté preparado para un enlace entre...?

—¡Resultaría espantoso! —se enfureció Clint—. No me hables más de eso. Te lo prohíbo.

—Clint, no debemos soñar despiertos. Piensa que tienes un mínimo de posibilidades de...

—Lo he pensado todo antes de emprender mi viaje de regreso en tu compañía, en vez de hacerlo pasado mañana, por avión. Perdí mi pasaje aéreo y dos días de vacaciones en Londres, solo por hacer esta travesía a tu lado. No me gustaría que ahora, todo eso terminara de un modo tan pésimo, teniendo que ceder ante un... un Ernie Lemmon del diablo, sin siquiera luchar por ti.

—Clint, no quieres entender. No se trata de luchar. Son cosas que se establecen de un modo, y se deben aceptar así. Incluso el dinero logra hacernos esclavos de él, cuando en realidad pensamos todos que es el dinero el que se esclavizó a nuestros deseos.

—Hablares de eso cuando hayas visto a tu padre —rezongó él, ceñudo—. Diablos, si se le ocurrió hacer eso, demostrará el señor Banyard que, aparte ganar dinero, no sabe hacer nada bien en este mundo... Eh, por cierto, aparte amasar millones, ¿qué otra cosa hace tu padre para divertirse un poco y recordar que es aún un ser humano, y no una máquina de hacer billetes de Banco?

—Muy sencillo —replicó ella con sequedad—. Mi padre tiene un espíritu minucioso e inquieto. Y un *hobby* particularmente divertido, paciente y costoso: es coleccionista.

—¿Coleccionista? ¿De qué?

—De todo. Coleccionó sellos, insectos, fotografías raras, grabados antiguos, autógrafos...

—¿Y ahora? ¿Qué colecciona ahora?

—No lo sé. Sencillamente, no lo sé. Pero algo tiene que coleccionar. Papá, si no reúne ejemplares raros de alguna especialidad, no es realmente feliz...

CAPÍTULO II

—COLECCIONAR... NADIE puede ser realmente feliz si no colecciona algo.

Ingrid Thalen sonrió, desdeñosa. Se encogió de hombros, y ese encogimiento tuvo la virtud de deslizar las plumas de avestruz de las hombreras de su exótico salto de cama, a lo largo de dos mórbidos brazos morenos, bien torneados, que eran capaces de imitar el sinuoso movimiento de un reptil, cuando posaba para algún famoso cámara de fotografía fija publicitaria, de *spots* televisivas o de cualquier otra modalidad del mundo de la propaganda, donde una *covern girl* siempre tenía seguro contrato, si poseía las condiciones de Ingrid Thalen: su estatura, esbeltez, arrogancia, una dosis de elegancia inconmensurable, y una personalidad evidente. Todo eso, y un protector rico y de gran influencia. Un hombre como Jeremy Talbot, de profesión millonario...

—No te entiendo bien —manifestó ella, dubitativa—. A mí solo me gusta coleccionar una cosa: billetes de mil colares, cariño. Nuevos, crujientes, deliciosamente verdes...

—Es abominable coleccionar billetes. Todos son iguales. No tiene emoción ni belleza,

—Tú dices eso porque tienes demasiados, y nunca te entretuviste en contemplar su especial encanto —suspiró ella, meneando su pelirroja cabeza, con abatimiento—. Es posible que, cuando se ven tan a menudo, pierdan su encanto...

—Todas las mujeres sois iguales. Dinero, dinero... —Talbot soltó una agria carcajada y caminó por la estancia. Se detuvo un instante junto a la postrada figura de Ingrid—. Hay cosas que valen más que el dinero.

—¿Por ejemplo?

—Las mujeres —los ojos de Talbot centellearon—. Sois algo digno de ser coleccionado. Rubias, platinadas pelirrojas, morenas... Opulentas, flacas, esbeltas, altas o bajas...

—Las mujeres se compran con dinero —rio ella—. ¿O no?

—Bueno, en cierto modo. Pero también se comprar las monedas raras para el numismático, los sellos defectuosos o de equivocado color en filatelia... Todo se puede comprar con billetes de mil dólares, como los que tú citaste. Pero sin embargo, nadie coleccionaría esos billetes. Es absurdo. Es estúpido. Nada detesto más que una persona estúpida, con ideas estúpidas. Creo que también deberían coleccionarse mujeres listas y mujeres necias.

—Dices cosas extrañas, Jeremy querido —ronroneó ella, con un delicioso mohín—. ¿Qué clase de ejemplar sería yo, en esa supuesta colección de mujeres?

—¿Lo preguntas? —masculló él, sentándose junto a Ingrid y pasando suavemente la mano por sus cabellos—. Si yo fuese entomólogo ahora, te definiría fácilmente.

—¿Cómo?

—Como una tarjetita bajo tu hermoso cuerpo, clasificándote de modo rigurosamente científico, como hace todo coleccionista.

—¡Qué divertido! ¿Y qué diría esa tarjetita?

—Algo así como: «Ejemplar de especie animal. Hembra. Adulta. Pelirroja natural. Muy llamativa. Del género de las agresivas. Mimosa, charlatana, exuberante y necia.»

—¡Jeremy, amor! —se asombró ella, con disgusto—. ¡Oh!, ¿cómo puedes ser tan cruel con tu queridito ejemplar, el último añadido a tu colección?

—Recuerda a los que coleccionan mariposas —rio él, reclinándose sobre su hombro—. Recuerda... La mariposa es hermosa, adorable, apetecida por el coleccionista. Pero debe ser atravesada por el alfiler, clavada en su respectiva vitrina... Hermosa, adorable, pero tratada con crueldad. Mortalmente incluso... aunque luego uno se extasíe ante su belleza, como un verdadero fanático...

A medida que hablaba así, susurrante, Jeremy Talbot iba aproximándose más y más a Ingrid, envuelto en su indiscutible atractivo físico, dominada su naturaleza por aquella mujer que él

mismo, con cinismo, había calificado, en su propia cara, de charlatana y necia, entre otras cosas...

Pero Ingrid era también un juguete dócil, de escasa mentalidad, y no por ello iba a eludir a su amigo...

* * *

—Evelyn, hija...

—Al fin. Juntos otra vez, papá...

Se abrazaron. Estaba emocionado Banyard. También ella. El abrazo fue largo, prieto, como un estallido de sentimientos largo tiempo contenidos. Se miraban ambos, mientras se separaban mutuamente.

—Evelyn, eres... eres toda una mujer.

—Claro, papá. ¿Qué esperabas? —ella sonrió, mientras el llanto brillaba, cuajado en sus ojos—. Son ya diecinueve años, casi veinte...

—Casi veinte ya... —la miró largamente—. Oh, Evelyn, has debido sentir tales cosas hacia mí... Habrás maldecido tantas veces mi nombre y la hora que te envié a Inglaterra...

—No, padre —sonrió de nuevo ella dulcemente—. Después de todo, no eres el rey Claudio[1], enviando a Hamlet a Inglaterra... Todo era mucho más sencillo, y mucho menos sinuoso, ¿no es cierto?

—Hija mía, he oído hablar de Hamlet, pero no sé demasiado sobre él —declaró Lamont Banyard, encogiéndose de hombros—. La literatura nunca fue mi fuerte. No he sido yo el que ha estudiado en Inglaterra estos años, a fin de cuentas. Pero de cualquier modo, he sido particularmente duro contigo.

—Lo necesitaba, padre —aseguró ella, serena, con una expresión benigna y a la vez cálida y comprensiva, en su faz ovalada, bajo los cabellos ligeramente rubios, de un dorado viejo y suave—. Créeme. No puede haber rencor. Al contrario; gratitud. Me hiciste mucho bien con esa medida, aunque entonces no lo comprendiera así.

—Oh, Evelyn... —volvió a abrazarla, cerrando sus ojos. Cuando los abrió, por encima del hombro de su hija, los clavó inevitablemente en el hombre joven, alto, enjuto y nervudo, que

esperaba maletín en mano, en el muelle neoyorquino. Le contempló con desconfianza. Era sutil e involuntaria desconfianza que cualquier padre rico siente en el acto hacia un hombre joven, situado demasiado cerca de su hija, y de quien apenas si sabe algo. Tras un silencio contemplativo, se decidió a hablar—: Eh, usted... ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Clint, señor —respondió el joven, con expresión grave—. Clint Dillman, y he viajado en compañía de su hija desde Inglaterra.

—¿Desde Inglaterra? —la desconfianza de Banyard fue en aumento. Soltó a la muchacha y se encaró abiertamente con él—. ¿Por qué precisamente desde allí?

—Vivía en Londres últimamente, señor —dibujó Clint una mueca sarcástica—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Por qué precisamente con mi hija? —insistió él, rotundo.

—Nos conocimos en Londres —replicó el joven, siempre irónico—. En la residencia, en algunos otros sitios... Existe cierta amistad entre ambos. Resulta lógico, ¿no? Ella tiene diecinueve años, yo veintiséis... Lógico, ¿verdad?

—Bueno, sí, pero... —arrugó el ceño. Miró a ambos, con creciente recelo—. Eh, creí que esa residencia era solo para señoritas. Reclamaré a la dirección si...

—Es de señoritas, exclusivamente —le calmó él, risueño—. Señoritas extranjeras nada más. Ni una inglesa. Su hija no era la única norteamericana allí. Se hospedaban nueve jóvenes. De muchas de ellas, había solicitudes de sus padres, en la Embajada, pidiendo que el Gobierno americano se ocupase de su perfecto trato en Inglaterra. Yo trabajo en cierto modo para el Gobierno. Ayudé al embajador, inspeccionando a las jóvenes. Una de ellas era su hija.

—Y usted la acompañó a Nueva York. Pero quedan otras más. Ocho o nueve...

—Ocho, exactamente, aparte su hija —sonrió calmoso Clint—. Ellas siguen allí. No podía acompañar a nadie más, ¿comprende?

—Un funcionario del Gobierno en el extranjero... ¡Puah! —hizo un gesto evasivo—. No me gusta eso. Ayudante de Embajada y cosas así... Vamos, Evelyn. Despídete de tu joven amigo de Londres, y volvamos a casa. Mañana por la noche doy una fiesta en tu honor. Creo que vale la pena, ante tu regreso. Pero hay que

prepararlo todo. La modista tendrá que trabajar mucho en tus vestidos nuevos. No podía imaginar que estuvieses tan alta, tan arrogante de físico...

Tiraba de ella, hacia el lujoso modelo «Mercedes Benz» negro, que esperaba al otro lado de la verja del *pier*. Evelyn, apurada, volvió la cabeza hacia Clint. Él sonreía.

—Vete —invitó—. Tu padre se impacientará.

—Pero Clint, yo quería presentaros y...

—Olvidalo —rio entre dientes Dillman—. Era lógico que ocurriera así, y tú lo sabías. Pero no olvides algo. Nunca me resigno a perder. Aún no he perdido, Evelyn.

—Seguro que no —sonrió ella, a su vez, guiñándole un ojo—. Aún no has perdido...

Virtualmente, apenas si pudo tocar con la punta de sus dedos los dedos de Clint. El tirón de su padre la llevó hacia el «Mercedes». Cuando estuvo dentro, el vehículo arrancó.

Allá, en el *pier*, erguido, con el viento azotando su gabardina, su cabello crespo, castaño, se quedó Clint Dillman, viéndola partir, agitando su mano amistosamente. Muy lejos ya, cuando la figura de Clint se hubo confundido con la multitud del puerto, ella se volvió hacia su padre. Ambos se contemplaron en silencio, centro del «Mercedes» que avanzaba a buena velocidad hacia la parte alta de Manhattan.

—Bien... —habló despacio Banyard—. Ese joven americano parecía muy decidido. Y muy interesado en seguir a tu lado.

—Sí. Me ha confesado que le gusto. Incluso me ha dado a entender que está enamorado de mí.

—¡Enamorado de ti! —una seca carcajada escapó de entre los labios de Lamont Banyard bruscamente. Era agria, violenta, insultante, casi—. Enamorado... un joven desconocido.

—¿Por qué no, papá? No hacen falta años para enamorarse de una chica y...

—Por Dios, Evelyn, no sé lo que esa gente de Londres haya podido enseñarte, pero lo cierto es que tienes un rotundo cero en psicología y experiencia. ¿Crees de veras que ese joven u otro cualquiera se enamoraría de ti súbitamente, con una explosión repentina de pasión y de ternura?

—¿Por qué no? No soy ningún monstruo...

—Oh, claro que no, Evelyn —se impacientó su padre, irritado—. Claro que no... Pero eres demasiado crédula, tienes excesiva buena fe. Naturalmente que eres lo bastante hermosa y atractiva para que cualquier hombre se enamore perdidamente de ti. Pero eso no tendría nada de anormal si fuese en otras circunstancias, si tú fueses... una chica cualquiera, una vulgar muchacha de cualquier familia mediana. Lo malo es que eres una Banyard.

—¿Eso me hace diferente a las demás mujeres?

—Bueno, no lo enfoques de ese modo. No es exactamente eso, claro está. De lo que se trata aquí, es que te des cuenta del peligro que corre una muchacha que es heredera de una inmensa fortuna. Eso es como un señuelo, como el cebo al que acuden toda clase de peces, para picar y nutrirse de una rica carnada.

—Hablas de mí como si solamente tuviera mi dinero para seducir a cualquier hombre.

—Evelyn, sabes que no es así. Pero para muchos de ellos, para la mayoría de ellos, ese será el señuelo, la única atracción posible, que les impedirá incluso fijarse en ti. Será como si estuvieras forrada de oro y esa envoltura cubriera tu rostro, tu auténtico físico y te hiciera solamente una muñeca dorada. Todos vendrán, atraídos por el brillo del oro, pero nada más.

—¿Qué solución existe contra eso? —bajó ella la cabeza, pensativa.

—Oh, hay muchas. Primero, no hacer caso a desconocidos, a jóvenes que te parezcan fuertemente atractivos, cultos e interesantes. Son la especie habitual de los cazadores de dotes.

—Según eso, debo elegir a un hombre feo, viejo y poco agraciado, para estar segura de algo.

—No quise decir eso, no seas sarcástica. Hay jóvenes de excelente intención, para lo que tu dinero significa muy poco, porque ellos tienen casi igual que tú, o acaso más.

—No sigas —suspiró ella—. Te veo venir, papá. ¿Ernie Lemmon y otros así?

—Bien, ¿qué tiene de malo Ernie Lemmon? Los Lemmon de Queens son gente aquí. Ernie es un excelente muchacho que...

—Ernie era un imbécil por entonces. Supongo que no hay

motivo para pensar que haya cambiado en estos dos años. Y si acaso lo hizo, lo razonable en él es que lo haya hecho para empeorar en todos los sentidos.

—¿Por qué esa crueldad con el muchacho? Ernie no es un dechado de atractivos ni de inteligencia, pero es rico, popular, estimado por la gente y...

—Papá, tú parece olvidar ahora algo fundamental en el asunto.

—¿Qué es ello?

—Que quien tiene que estimarlo soy yo y no la gente. Como eso no ha sucedido aún ni mi optimismo llega al loco grado de imaginar que eso pueda suceder alguna vez, será mejor que no hablemos más de Ernie Lemmon. Ni de ninguno parecido, papá.

Hubo un silencio embarazoso, dentro del lujoso «Mercedes». El chófer conducía en silencio. Banyard pareció sentirse molesto por el hecho de que el chófer fuese enterándose, involuntariamente, de toda la conversación. En una ocasión, los ojos del conductor se cruzaron con los de Evelyn. Hubo un respetuoso pero simpático guiño en la mirada, como un mudo mensaje de adhesión y enhorabuena por su actitud que, afortunadamente, el viejo Banyard no llegó a captar.

—Está bien —susurró Banyard, perplejo, dominando con dificultad su mal humor—. No te diré nada más sobre eso. Pero tampoco tú deberás hablarme de personas como ese burócrata joven y arrogante que tanto pareció impresionarte.

—Conforme, padre —asintió ella, serena. Ambos se miraron, en cierto modo igual que dos contendientes en sordo choque incruento. Al final, murmuró la muchacha—: Hablaste de una fiesta para mañana por la noche...

—Sí, es en tu honor. Tu llegada a Nueva York debe celebrarse.

—Pero papá, estoy muy cansada ahora...

—Tendrás que hacer acto de presencia, siquiera sea por corto tiempo. Es tu homenaje, date cuenta de eso.

—Oh, sí, ya me doy perfecta cuenta —admitió ella, pensativa—. Está bien, papá. Iré a ella y me portaré lo mejor posible con los invitados. ¿Es eso lo que esperas de mí?

—Eso, justamente, es lo que espero de ti —puso su mano afectuosa en ella, impulsivamente, presionando con calor su brazo

—. Evelyn, querida, conocerás allí a muchas personas agradables y otras que no lo son tanto. También verás de nuevo a viejos amigos, y caras conocidas. Como mi mejor amigo, Jeremy Talbot... Ya le cursé la invitación. Espero que la reciba a tiempo en el club...

—Jeremy Talbot... Oh, sí, lo recuerdo muy bien. Tu amigo Talbot... Papá, un hombre particularmente desagradable.

—¡Evelyn! —se escandalizó Banyard—. Él es mi amigo de siempre, mi compañero de distracciones, mi...

—Sé todo lo que vas a decirme. Aún recuerdo vuestras apuestas cuando coleccionabais cosas idénticas. El que tenía mejor colección y más completa, el de más valiosos ejemplares, ganaba la apuesta, tras cierto período de tiempo para reunir los ejemplares. No importaba que fuesen sellos, monedas, mariposas, libros... o mujeres.

—Evelyn, querida... —su padre se sintió azorado—. Bueno, es cierto que... que hicimos muchas tonterías de esas, pero ahora es diferente. No coleccionamos nada, no cruzamos apuestas... Solo que Talbot sigue siendo Talbot, y él es mi amigo Jeremy. Eso es todo. A veces, hemos perdido o ganado cien mil dólares por una fruslería. Simplemente porque él tenía una sola mariposa más, o dos sellos más valiosos que los míos; o bien porque yo tenía un incunable imposible de hallar, o había logrado los favores de una... una mujerzuela cualquiera, de conocida belleza. Son cosas que ocurren, cuando uno busca una válvula de escape al aburrimiento, al tedio, a la insoportable carencia de algo que hacer, de algo en qué ocuparse.

—Les coleccionistas... —rio entre dientes ella—. Coleccionistas, apostadores... Papá, todo eso me parece bien. Incluso divertido. Pero ese hombre...

—¿Quién?

—Tu amigo, Jeremy Talbot...

—¿Qué hay con él? ¿Por qué no te gusta?

—No sé... —se estremeció la joven, pensativa. Cruzóse de brazos, como para darse más calor a sus brazos, repentinamente gélidos—. Es algo indefinible, algo que jamás pude entender. Pero ese hombre no me gustó nunca. Nunca, papá. Le vi algo... algo maligno.

—Es ridículo, Evelyn. Talbot es un hombre excéntrico, eso es

todo.

—Excéntrico... Sí, tal vez. Tal vez... Me gustaría que solo fuera eso. De cualquier modo que sea, no me hagas hablar con él si acude a tu fiesta. A lo máximo que llegaría es a saludarle por cortesía, y eso es todo.

—Está bien. Tendré eso en cuenta —afirmó gravemente su padre—. No te forzaré a algo que no es de tu agrado, querida.

—Gracias, papá —le miró afectuosamente. Se inclinó hacia él y besó su mejilla impulsivamente—. Por otro lado, pese a que tengamos ideas diferentes sobre ciertas cosas... me siento muy feliz de estar otra vez en casa.

—Es agradable oír eso en tus labios, hija —suspiró Lamont Banyard—. Muy agradable, créeme... Solo quiero que alguna vez entiendas que esto de Inglaterra, con ser tan duro, lo hice por ti, por tu bien.

—Claro, papá —asintió ella, risueña—. Lo he entendido ya, hace tiempo. Te doy las gracias por ello. Y tal vez por esa misma razón, me sienta tan dichosa por haber regresado...

CAPÍTULO III

—VAYA, vaya... Esto es interesante. Muy interesante, amor...

—¿Qué es interesante, Jeremy, mi vida? —preguntó Ingrid voluptuosamente, dando paseos por la habitación.

—Esta tarjeta de invitación...

—¿Una invitación? —palmeó ella—. ¿Qué es? ¿Una boda, un banquete, una ópera...?

—No, no. Nada de eso. Además, no te hagas ideas raras. Es personal. Estrictamente personal. A nombre de Jeremy Talbot. Debo ir solo. De cualquier modo, tú no encajarías demasiado en esa fiesta. Es una recepción de una joven, casi una adolescente.

—Hum, no me gusta eso —refunfuñó la *covern* girl del pelo rojo—. Mujeres jóvenes y bonitas... y tú en medio, ¿verdad?

—No debes preocuparte —rechazó Jeremy Talbot, con mirada fría, algo malévola—. Una mujer hermosa es siempre mi debilidad, pero sé cuáles son mis limitaciones. Sobre todo en cuestión de edades. En este caso, concretamente, es muy distinto. Ella es la hija de un amigo. De mi mejor amigo...

—¿Por qué has de ir tú allá?

—Porque me invitaron y porque somos amigos —suspiró Talbot—. Solo por eso. Personalmente, preferiría cualquier otra clase de fiesta, pero no puedo negarme a acudir. Además... tenía necesidad de ver estos días a mi amigo Banyard. Ni ayer ni hoy estuvo en el club. Creo que esa fiesta será el lugar ideal para encontrarlo, puesto que él es nuestro anfitrión.

—Allá tú con tus enredos —bostezó ella, desperezándose felinamente—. Yo dormiré, en tanto tú te diviertes. Todos los tipos de dinero sois así. Siempre estáis de fiestas y recepciones. ¿No resulta eso un poco aburrido?

—¿Aburrido?

—Sí, eso dije.

—Bueno, un poco. Pero esta vez no creo que suceda así.

—¿Por qué no?

—Es diferente —se encogió de hombros el millonario—. Tengo algo tan curioso, tan divertido, para proponer a mi amigo...

—Amor, ¿qué es ello?

—Oh, no puedo decirlo. Todavía no.

—¿No puedo saberlo yo?

—Oh, sí, claro que puedes. Pero no creo que te resulte nada divertido. No a ti, desde luego...

—No te comprendo, amor...

—No hace falta tampoco. Aunque lo comprendieras, te quedarías igual. Son cosas para personas como Banyard o yo. Nada más, pequeña. Es... cosa de apostadores.

—¿Apostadores?

—Eso es. Nos encanta jugarlos el dinero —rio entre dientes Talbot—. Cualquier suma de dinero.

—¿Fuerte?

—Fuerte, sí.

—¿Cómo... como mil dólares?

—¿Mil dólares? —Talbot se puso a reír a mandíbula batiente—. Oh, por Dios, no. Eso no es dinero, cariño.

—¿Cinco mil?

—Más, más, mucho más. ¿Piensas que somos vulgares *bookmakers*?

—¿Diez mil? —indagó ella, casi con miedo.

—Más, mucho más.

—¿Veinte? —y ante su negativa, y negativa siguientes, continuó insistiendo, cada vez más impresionada—: ¿Veinticinco, treinta, cuarenta... cincuenta mil?

Resopló, al negar él otra vez.

—El doble, amor —rio Talbot.

—¿Cien mil? —tembló Ingrid, muy pálida—. Cielos, no...

—Eso fue hasta ahora. Esta vez hay que darle más emoción al asunto. Será más, muchísimo más. Una gran apuesta, la verdad.

—¿A... a qué le llamas tú «gran apuesta»? No serán... no serán doscientos mil, ¿no?

—No, no es eso.

—Uf, menos mal. Llegaste a asustarme...

—Será... un millón.

Ella le miró, pensando si estaría loco. Cayó sentada en un sofá, incapaz de tenerse en pie. La faz hermética de Talbot se mantuvo imperturbable, como la de un jugador de póquer.

—¿Un... mi...millón? —gimió Ingrid Thalen.

—Justo. Un millón de dólares. Será la apuesta. Algo fascinante. Un golpe de efecto. Ya me río, solo de pensar en la cara de mi buen amigo...

—¿Él apostará eso también? —dudó ella, estremecida, lívida,

—También, por supuesto —soltó la carcajada Jeremy Talbot—. Él nunca dijo «no» a una apuesta de los dos. Y de eso hace ya más de diez años...

—Pero... pero, ¡serán dos millones en juego!

—Exacto. Una fortuna, mi pequeña Ingrid. Una bonita fortuna para el ganador.

—Para el ganador... ¿de qué?

—Del juego de las colecciones, naturalmente.

—Colecciones. Siempre coleccionasteis cosas. ¿Qué vais a coleccionar ahora? ¿Barcos de guerra?

—No, no. Demasiado voluminoso —sonrió él, sardónico.

—¿Microbios de laboratorio? —ironizó a su vez ella,

—Vas progresando. No te falta sentido del humor. No, eso tampoco. Sería demasiado pequeño...

—¿Qué coleccionaréis entonces ahora? Será algo muy... muy valioso para jugaros tanto.

—Valioso y difícil. Sobre todo, difícil. Una extraña colección, Ingrid. La más curiosa y sorprendente que jamás hizo hombre alguno. Eso haremos Banyard y yo, y eso estará en juego. El que sea más hábil, más audaz, más... eficiente, ganará dos millones. Y será el mejor de los dos coleccionistas. Su colección no tendrá precio. Será fascinante. Muy fascinante...

—Pero... pero, ¿qué clase de colección es esa? —dudó ella, perpleja.

Talbot se limitó a reír de nuevo, se encogió de hombros, y no dijo nada. Mientras ella preguntaba, una vez más, ante aquel muro de silencio enigmático:

—¿Qué es lo que hay que coleccionar para ganar un millón de dólares...?

* * *

—Sí, Jeremy. ¿Qué hay que coleccionar para ganar ese millón en juego?

Talbot se limitó a sonreír, arqueando sus cejas y fija su mirada azul en el rostro sorprendido, excitado, de Lamont Banyard.

—Los ejemplares más asombrosos que jamás coleccionó persona alguna, mi querido amigo —manifestó con voz afable, pero fría, hermética, inescrutable.

—Ya lo dijiste antes. Eso no aclara nada. ¿Se trata de algo muy cotizado en los mercados internacionales?

—Eso... según se mire —comentó con ironía la voz de Talbot, tras un silencio.

—Estás particularmente enigmático esta noche, Jeremy.

—El tema lo merece.

—No te entiendo. Hemos coleccionado todo lo coleccionable. Terminamos cansándonos de todo. ¿Qué pretendes con este juego? Creo que no dará resultado.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Terminaremos cansándonos igual. Y habremos arriesgado tontamente una fortuna. Un millón de dólares, Jeremy. Es cosa de locos.

—¿Locos? Hicimos locuras peores en otro tiempo.

—Era otro tiempo, Jeremy. Ahora es diferente.

—¿Por qué había de serlo?

—No sé... El agotamiento, el cansancio de todo. Además, está Evelyn...

—¿Tu hija?

—Sí. Creo que ella es la persona que necesitaba. El estímulo preciso para que mi vida sea diferente y no necesite excitaciones nuevas ni alicientes absurdos para sentirme feliz y con algo por lo que merezca la pena vivir. Ese algo es Evelyn, lo sé.

—De veras que empiezo a pensar que eran otros tiempos. Algo ha cambiado en ti, Lamont. ¿Qué te ocurre? ¿Te has vuelto repentinamente viejo?

—Es posible. Somos viejos, Jeremy. Los dos. No tiene nada de extraño que nos creamos que lo somos.

—Yo luché siempre contra la peor forma de vejez que conocí: la del corazón, la del espíritu. Si te dejas vencer, estás perdido. Lucha, Lamont.

—¿Luchar? ¿Cómo? ¿Contra qué?

—Lucha con nuevos estímulos, con excitaciones jamás vividas...

—Talbot dejó su copa de champaña en la bandeja de plata de un camarero que pasaba, dejó que este se alejase y, acercándose a su amigo con énfasis, se inclinó hacia él y musitó ardientemente, con ímpetu en su voz—: ¿Recuerdas, Lamont? Excitación, emoción, incertidumbre, incluso miedo si era preciso... Miedo, como cuando coleccionamos víboras venenosas, con su bolsa de veneno y todo. Miedo, cuando entre las alimañas de otra colección, no estaba exento el alacrán, el escorpión o la «viuda negra», sino todo lo contrario. Ese afán, ese temor, esa inquietud, era el gran premio de nuestro juego. ¿Qué importaba el dinero, qué importa ninguna colección, si esta es fácil de hacer y no entraña riesgos? Hay que obtenerlo como sea. ¿Recuerdas cómo conseguí aquel sello azul español, de dos céntimos? Lo robé. Sí, tú siempre supiste que había entrado en casa de aquel aristócrata de origen español y le despojé de su tesoro. Delinqué, y eso fue emocionante. Hizo hermoso el triunfo, la colección inimitable. Solo me hubiera faltado robar en Buckingham Palace, en Londres, la colección de la reina. Creo que lo hubiera hecho, que hubiese contratado a los mejores ladrones profesionales del mundo, con tal de obtener ejemplares únicos, de no haber renunciado tú, dándote por vencido. En ese mismo momento, la colección dejó de ser emocionante y dejó de tener atractivos para mí. Y pasamos a otra cosa, y luego a otra... Siempre el riesgo, la incertidumbre, la emoción, el frenesí de nuestra excitante aventura por reunir lo mejor de cada cosa...

Hizo un silencio, con sus azules ojos convertidos en dos fríos fragmentos de acero que flotasen en mares de hielo. Temblaban las comisuras de sus labios, vibraba todo él, con la pasión magnética y vital de su nueva idea, de su interna emoción. Aun a su pesar, aun

con repugnancia, aun sin quererlo, Lamont Banyard se sintió intrigado. Eran demasiadas las veces en que lucharon entre sí por la mejor colección, para que ahora todo eso dejara de significar algo. Banyard no quería aceptar el diálogo, no quería ir a la trampa artera que, sin duda, le tendía Talbot con su explosivo entusiasmo, con su contagioso optimismo, con su sibilina capacidad de persuasión, digna de la sierpe del Paraíso Terrenal.

Bajo las brillantes luces de la sala donde tenía lugar la fiesta en homenaje a la hija de Banyard, en la suntuosa residencia Banyard de Queens, los dos hombres, separados en un ángulo distante, parecían conspirar, trazar planes clandestinos sobre algo, tal era su distanciamiento de todos los demás, incluso de la música, de los jóvenes que bailaban y de las mesas de canapés y de bebidas.

Por fin, tras la larga pausa, habló calmosa, dificultosamente Lamont Banyard, como con desgana, como queriendo alejar de sí, en un esfuerzo titánico y postrero, la tentación acerada de las palabras enfáticas de su viejo amigo.

—No, Jeremy —negó—. Esta vez, no.

Pareció sorprenderse Talbot, como si algo funcionase realmente mal en el mundo que siempre había conocido y que creía manejar a su antojo.

—Pero Lamont... ni siquiera me preguntaste qué —susurró—. No sabes aún de qué se trata...

—No me importa. No quiero saberlo. Terminemos aquí de una vez por todas. Es lo mejor para ti y para mí, créeme.

—Lamont... ¿tienes miedo?

—No, no es eso. No tengo por qué tener miedo. Sencillamente, no quiero. Ya te dije lo que ocurre. Está Evelyn... y hay muchas cosas más. No necesito excitaciones ni emociones nuevas. No quiero nada. Nada de nada. Olvida el asunto.

Intentó alejarse, dar media vuelta, dejar solo a Jeremy Talbot. Hubiera sido su triunfo. Su triunfo definitivo, y él lo sabía. Talbot también lo sabía. Quizá por eso le sujetó el brazo. Le aferró, le hizo girar la cabeza, mirarle directamente a los ojos.

—Espera —pidió roncamente—. Espera aún. Un momento. Uno solo, Lamont. Te lo pido.

—¿Para qué, Jeremy? Seguiré diciéndote que no.

—Bien. Esperemos. Pero antes, escucha lo que yo diga. Pregúntame. ¡Vamos, pregunta, amigo Lamont! Estoy esperando que lo hagas.

—Está bien. Voy a hacerlo. ¿Me dejarás entonces en paz?

—Si tú me dejas en paz a mí, sí —sonrió repentinamente, seguro de sí, ladino y astuto como nadie, Jeremy Talbot—. ¿De veras quieres saberlo? ¿Deseas saber lo que te ofrezco como desafío, como reto, con un millón para quien reúna la mejor de todas las piezas en su colección, al término exacto de... de un año?

—Por supuesto. Debe ser algo raro y sorprendente, viniendo de ti y exponiéndolo de ese modo. Pero te repito una vez más: no me convencerás. Sea lo que sea, mi respuesta será la misma: ¡no!

—¿Seguro?

—Seguro —encajó las mandíbulas Lamont Banyard, casi con fiera—. Adelante. Vamos, ¿qué es lo que tenemos que coleccionar tú y yo, por diferentes caminos, para que el poseedor de la más valiosa pieza, gane ese millón?

Jeremy Talbot le miró largamente. Con rara malevolencia en sus ojos. Jeremy sonreía, perverso, al responder.

Y se lo dijo.

Le contestó. Le dio aquella respuesta. Le expuso, crudamente, qué era lo que tenían que intentar coleccionar. Con escalofriante simplicidad:

—Delitos, Lamont —murmuró despacio, con tono alucinante—. Delitos grandes. Supremos. Delitos que asombren al mundo, sean de la condición que sean. Pero cuanto más grandes y originales... tanto mejor.

CAPÍTULO IV

DELITOS...

Delitos cometidos por ellos dos. Pero delitos fuera de lo común. Grandes, notables, capaces de asombrar al mundo. Esa era la respuesta.

—No tiene objeto discutir todo esto, Jeremy.

—¿Por qué lo discutimos entonces? —sonrió Talbot—. A mí no me asusta matar. ¿Y a ti?

—A mí, sí. Me da horror, escalofríos... —miró al fondo de la sala. Avisó, rápido—: Cuidado. Evelyn, mi hija, viene hacia acá.

—Espera —le sujetó firmemente el brazo. Su mirada era hielo puro. Hielo taladrante, como agujas azules hincándose en el cerebro de Banyard—. Tú dices que te da horror matar. Y eso lo dices tú, que ya mataste.

—¿Eh? —se tornó lívido el rostro de Banyard—. ¿Qué quieres decir?

—De sobra lo sabes —rio Talbot, sardónico—. Las fortunas como la tuya y la de mis abuelos, no se hacen honradamente. Nunca, digan lo que digan los demás. Y digamos lo que digamos nosotros. Hundiste una embarcación en el mar, ¿recuerdas?

—Jeremy, por Dios... —tembló, sudoroso, Banyard—. No sigas...

—Hundiste la embarcación —prosiguió, imperturbable, Talbot—. Llevabas allí treinta hombres de color. Esclavos. Además, les habías hecho tragar bolsas de narcóticos para después recuperarlas. Llegaron los guardacostas. Os sorprendieron. Era el fin del juego, y tú jugabas fuerte. Hundiste la embarcación con todo su lastre humano. Tan honda, que nadie la encontró hasta mucho tiempo después. Yo tengo pruebas de eso.

—Jeremy, te lo ruego... —gimió Banyard—. Evelyn viene...

—Ella sabrá la historia, si no aceptas venir luego a casa y discutir conmigo largamente el asunto de nuestra apuesta de un millón... y la colección única que podemos hacer.

—¡No, no, Jeremy!

—Es tu última oportunidad. Revelaré a Evelyn tu historia. Le mostraré las pruebas. Eres un asesino, Lamont. ¿Quieres que ella lo sepa?

—No, espera... —el gesto crispado de Banyard era revelador. Su piel brillaba con una película de transpiración—. Espera, por favor... No sigas. Deja todo así. Iré. Hablaré, discutiré contigo lo que sea. Pero no me convencerá, lo juro.

—Veremos —rio Talbot, seguro de sí—. Veremos... Ahora, te dejo. No le caigo bien a tu hija, lo sé. Recuerda: luego, en mi casa. O ella lo sabrá todo...

—Sí, sí, iré —aseguró él, tenso, apretando convulsivamente los labios—. Iré...

Talbot se alejó. Poco después, Evelyn llegaba junto a su padre, risueña. Al verle, captó su gesto crispado, su color pálido. Asustada, le apremió:

—Papá... ¿qué te sucede? Parece que estás mal...

—No, no es nada —negó él, seco—. Nada, pequeña... Solo que Jeremy me contó de un negocio en el que hemos perdido dinero. Mucho dinero. De momento, me he impresionado...

—Oh, papá... Dinero, siempre dinero... —ella le tomó por el brazo, confortándole—. No debes sufrir más por eso. Ocurra lo que ocurra. Incluso aunque te arruinases, si ello llegara a ocurrir. Piensa una cosa, papá... Piensa que lo más importante en todo ser humano es su propia vida. La vida, ¿entiendes? La vida sí es importante...

—Sí, Evelyn... —suspiró él, estremecido—. La vida sí es importante. La vida de todo ser humano, es cierto...

Y se dejó llevar dócilmente, como un niño.

* * *

—¿Cómo va el asunto, Clint?

—¿El asunto? —Dillman giró la cabeza, sorprendido por la pregunta. Miró a su superior—. Oh, sí, inspector, ya le entiendo. Se

refiere a la joven americana en Londres, ¿no es cierto?

—Bueno, pues a ella me refería, es cierto —asintió, divertido, el inspector Glenn Hamilton—. Al parecer, usted estaba seguro ya de tener éxito con la muchacha, por lo que me dijo el día de su regreso a Nueva York...

—Verá, señor, se han presentado algunos problemas de índole familiar. No le soy particularmente grato a su padre, eso es lo que ocurre.

—¿No? ¿Por qué? —enarcó las cejas Hamilton.

—Tiene sus ideas particulares sobre la chica. Es de la clase de gente que quiere casar a la hija con otra persona de dinero. Así evitan suspicacias. Temen a los cazadotes.

—Pero Clint, usted puede deshacer ese equívoco enseguida, solo con...

—Prefiero no hacerlo, señor —negó firmemente Dillman, apretando los labios—. No es algo de lo que me guste alardear, y usted lo sabe. Me gustaría que Lamont Banyard sintiera por mí alguna cosa, sin necesidad de allanar el camino con explicaciones. Y aun no siendo así... que ella resolviera por sí misma. Parece una joven independiente, con ideas propias y sin prejuicios sociales o económicos. Por eso me encantó.

—Pero ella no ha tratado de encontrarle de nuevo...

—No, no lo hizo, a pesar de que le di el número de teléfono de mi apartamento en Nueva York, por si resolvía establecer contacto conmigo.

—Hace ya una semana que ustedes llegaron juntos de Europa. Y nada sucedió.

—Nada, señor. Ni espero que suceda ya.

—¿Tan poca fe tiene en sí mismo? —se descorazonó Hamilton—. Le creía diferente, amigo Dillman.

—Posiblemente sea diferente. Pero a ella no quiero forzarla. Y temo que, por el contrario, la fuerce su familia. Parece muy allegada a su padre, siente por él un afecto extraordinario.

—Le diré algo, Dillman. Lamont Banyard tiene mala fama. Su historia no es limpia. Es bien cierto que empezó por abajo, pero muchos otros lo hicieron así de forma diáfana. Él, no creo que esté en ese caso.

—¿Por qué motivo, señor?

—Se rumorean cosas terribles de él. Tráfico de drogas cuando era joven, el sacrificio de un puñado de hombres a bordo de una embarcación, para no ser cogido con las manos en la masa... No parece la persona indicada para poner obstáculos a su hija.

—Posiblemente la leyenda sea peor que la realidad. Pero aun siendo cierta, no se le puede reprochar nada. Precisamente porque él empezó por abajo y de mala manera, teme que su hija caiga en manos de algún desaprensivo. Si humanamente, un hombre como Banyard me repugna, como padre tal vez sea en lo único en que esté acertado y merezca ser felicitado. El nada sabe de mí. Es lógico que recele.

—Sinceramente, Dillman, ¿se enamoró de la chica tal vez?

—Sinceramente, señor —le miró de forma abierta, y luego afirmó—: Sí, creo que sí...

—Bien —suspiró el inspector—. Le deseo suerte, muchacho. Pero si renuncia a utilizar sus propias armas en la lucha, no podrá hacer nada contra los Banyard.

—Ya veremos —se encogió él de hombros—. Todavía esperare a que ella se comuniqué conmigo. Si no es así... yo lo haré primero.

Su superior iba a decir algo cuando se encogió de hombros y, atraído por una llamada telefónica, atendió el aparato. Habló brevemente por él, escuchó algo, luego asintió, sorprendido, y colgó.

Clint Dillman estaba recogiendo papeles de su propia mesa de trabajo en la oficina, cuando habló con voz grave el inspector Glenn Hamilton:

—Clint, no me gustaría molestarle ahora, pero creo que no tengo a nadie más a mano, dada la premura del caso. Me han llamado del departamento central de policía, división de Homicidios. Era el teniente McDonald.

—El viejo y cazarro McDonald —arrugó el ceño Clint—. ¿Qué quería él de los federales?

—Llamó por un crimen extraño que ha tenido lugar esta noche en pleno Manhattan, en un punto céntrico de Broadway.

—¿Un crimen? —se sorprendió Dillman—. Supongo que será asunto de ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Los de la Metropolitana, naturalmente. No todos los delitos son de tipo federal...

—Este sí lo es, según parece, Clint.

—Vaya por Dios... —suspiró Dillman—. ¿De qué se trata, exactamente?

—Según McDonald, un *gang* de hombres enmascarados con caperuzas negras, asaltó el hotel Astor.

—Eso no parece delito federal, señor. Asaltar un hotel, corresponde a la Metropolitana, si no me engaño...

—Es que no termina ahí la cosa, Dillman. Desgraciadamente, el asunto parece mucho más complejo. Porque los encapuchados de negro no se llevaron nada de valor, como joyas o dinero, que había en abundancia en la caja fuerte.

—¿No? —Dillman, intrigado, frunció el ceño—. ¿Qué, entonces?

—Se va usted a sorprender, Clint. Los asaltantes se limitaron a capturar a un importante ciudadano de una república africana, de visita turística en nuestro país. Un político del nuevo mundo africano, ya sabe. Le crucificaron en una cruz de fuego, y se ausentaron, tras esperar a que muriese.

—¡Cielos! —pegó un respingo Dillman—. ¡El Ku-Klux-Klan...!

—Eso parece. Pero no vestían de blanco, sino de negro. Y las caperuzas no eran cónicas, sino ajustadas a su cabeza... No parece sino que actuaron como si fuesen miembros del Ku-Klux-Klan, pero procurando dejar bien sentado que «no» lo eran.

—Extraño crimen... y extraña víctima. ¿No pudo ser un acto terrorista disfrazado, señor?

—Podiera serlo. Pero fuese ello o lo que fuese, me temo que sí es tarea del FBI averiguarlo, mi querido amigo —terminó murmurando tristemente Glenn Hamilton.

—Conforme —asintió Clint, echando a andar hacia la salida—. Es tarea del FBI... y mía, según deduzco.

—Excelente deducción, amigo Dillman —fue la respuesta de su jefe.

* * *

No había error en la información del inspector federal

Hamilton. Ni tampoco en la del teniente McDonald, de Homicidios.

El ciudadano sacrificado salvajemente en pleno Nueva York, en el siglo XX, en un hotel de lujo de Broadway, como el que sacrifica un fetiche en una fiesta ritual, o como se haría con un hombre de color en los tiempos del fanatismo racista de pasados siglos, era un importante político de un Estado africano de reciente creación.

Un hombre relativamente joven, educado en Europa, y en viaje de placer, no oficial, por los Estados Unidos. La cruz de fuego utilizada ofrecía su aspa de madera calcinada. La habían rociado previamente con algún combustible especial. Las gravísimas quemaduras, habían hecho fallecer a la víctima, camino del hospital, en una ambulancia.

—Bien... —Dillman sacudió la cabeza, apartándose de la cruz de madera, pensativo. Miró con estupor a McDonald, que le acompañaba—. ¿Qué cree usted?

—No creo nada —se encogió de hombros con disgusto el policía—. En esta época en que los jovenzuelos adoptan posiciones como la neo-nazis, rebeldes melencolios, y cosas por el estilo, ¿qué puede extrañarnos un sacrificio ritual a un hombre de color? El racismo, la intolerancia y todo eso. Siempre volvemos a lo malo.

—Aquí, en pleno hotel... No tiene sentido —sacudió la cabeza Dillman.

—No tendrá sentido, pero imagine la que armarán mañana los periódicos, cuando publiquen esto. Y la que va a armarse en el país de donde procedía ese desventurado...

—Sí, entiendo eso. Una delicada situación diplomática, un problema político... y un hombre muerto. Es lo que tenemos entre manos, teniente. Esto va a levantar una buena polvareda.

—¡Uf! —resopló—. Ya lo creo que sí. Puede contar con mi ayuda en todo, Dillman, pero me temo que esto sea cosa de ustedes...

—Lo es. Forma parte de los delitos federales: muerte de un hombre de raza negra, acción fanática parecida a las del Ku-Klux-Klan, implicaciones políticas con el extranjero. Sí, McDonald. No hay duda de que usted tiene toda la razón del mundo.

—¿Qué piensa hacer, en tal caso?

—Lo habitual en estas circunstancias: interrogatorios, pesquisas,

tratar de averiguar algo sobre los asaltantes....

—Me temo que no van a decirle mucho, amigo mío... —auguró McDonald, pesimista,

* * *

Y tuvo razón.

No le dijeron mucho. Desgraciadamente, los testigos, clientes o empleados del lujoso hotel de Broadway, habían visto solamente a hombres encapuchados, de edad indefinida, aunque por sus movimientos, parecían gente joven.

No, tampoco parecían realmente mozalbetes, añadió una señora que, por lo visto, era observadora en tales cuestiones. Le resultaban algo más fuertes y menos enjutos que los jóvenes actuales. Uno de ellos tenía la voz fuerte, con cierto acento latino. Era todo.

El número de asaltantes, era de una decena, aproximadamente. Con guantes y pistolas con silenciador. Algunos aventuraron que eran quince o veinte, otros fijaron en siete su número, pero, en consecuencia, la cifra más aproximada y repetida por los testigos, era la de diez.

Y diez aceptó Dillman, con reservas.

Todo eso, como temiera McDonald, no aclaraba gran cosa. Los asaltantes debieron venir con una furgoneta, utilizaron la puerta de servicio del hotel para penetrar allí, ocupando los puestos clave, y llevando al salón de abajo la cruz de madera, que encendieron, crucificando, ante el general horror, al infortunado político africano.

Todo eso denotaba algo: organización.

Por regla general, los fanáticos no eran muy organizados. Estos, sí. A Dillman le chocó la idea. Pero no la comentó con nadie.

Estaba aún ocupado en el hotel, cuando le anunciaron una llamada telefónica desde la oficina federal. Dillman acudió al teléfono.

Era Hamilton. Le informó escuetamente de todo. Luego, tras un silencio, la voz del inspector federal le soltó la andanada:

—Lo siento, Clint, pero hay otro suceso raro.

—¿Otro? —se asombró Dillman, poniéndose rígido.

—Eso es. Tan extraño e inquietante como ese del hotel.

—Cielos, solo faltaba eso. ¿De qué se trata esta vez?

—No debe preocuparse, porque usted ya tiene un caso. Este lo pasaré a otro agente. Se lo notifico porque me ha sorprendido su punto de contacto con el que usted investiga ahora ahí.

—¿Punto de contacto? ¿Cuál, señor?

—Las caperuzas.

—¿También... encapuchados? —Dillman se mordió el labio inferior—. Es demasiado curioso ese punto de similitud, ¿no cree?

—Me temo que sí. Pero no se trata de caperuzas negras esta vez, sino... doradas.

—¿Doradas?

—Eso dije. Algún tejido de punto dorado, no sé. Desde luego, no son como para pasar desapercibidos. Dicen que era un grupo bien organizado y rápido en la acción...

—Eso, también es una coincidencia con mi caso, señor. Parece un *gang*... o dos. ¿Qué es lo que hicieron esta vez?

—Dinamitar el Festival Mundial de Cine y Televisión, en el bajo Manhattan.

—¡Cielos!

—Hay víctimas de varias nacionalidades, las banderas fueron arrancadas y quemadas, y el escándalo es enorme. El Festival, naturalmente, quedará suspendido. Las películas resultaron destruidas por el fuego, y llueven las protestas de todos los países, por no haber adoptado las debidas precauciones para evitar el desastre. Tenga en cuenta que participaban en el certamen países como China, la Unión Soviética, Israel, los países árabes... Esto va a tener una repercusión enorme. Se acusan mutuamente los comandos palestinos, los guerrilleros judíos, los terroristas, los comunistas, los anticomunistas... Es un caos, Dillman.

—Lo creo, señor. Concédame solo un favor, se lo ruego.

—¿Qué clase de favor?

—No le conceda a nadie ese caso. Es mío también.

—Pero Clint...

—No diga nada, se lo ruego. Es una corazonada. Presiento que hay algo más que simples caperuzas o móviles de gran escándalo en todo esto...

—Está bien. Esperaré a que vaya usted al palacio del festival. Y

ya me dirá lo que descubra allí...

—Si es que descubro algo —dijo sombríamente Dillman, colgando el teléfono.

CAPÍTULO V

TENÍA muchos motivos para sentirse pesimista.

Tanto en el hotel de Broadway, como en aquel Palazo Internacional de Festivales, cerca de Battery Park.

El destrozo había sido terrible. La carga debió de ser muy potente. Los técnicos calculaban que se utilizó nitroglicerina para hacer estallar el artefacto.

Las víctimas se elevaban a seis muertos, cuatro heriros graves y diecisiete leves. Los destrozos, exteriores e interiores, significaban una elevada suma de pérdidas materiales. Y, además, los representantes de las diversas raciones participantes, estaban poniendo el grito en el rielo.

Después de lo sucedido en el hotel de Broadway, —ruello era demasiado duro para el prestigio del país y sus medidas de seguridad.

—No me gusto esto —confesó Dillman.

—Cielos, ¿a quién puede gustarle? —McDonald, también presente, meneó la cabeza—. Fíjese, muchacho. Dos delitos de trascendencia mundial, en menos de diez horas. Y en ambos casos por unos encapuchados, que nadie puede identificar...

—Encapuchados negros, encapuchados dorados... —reflexionó Clint en voz alta—. No tiene sentido, en apariencia. Si tratan de provocar una cadena de terror, llevarían siempre igual uniforme, sin necesidad de cambiar el color de sus capuchas, teniente. A menos...

—¿Qué?

—A menos que sean diferentes grupos.

—Es lo que he imaginado yo. Digan lo que digan, estoy seguro de quiénes serán los únicos culpables de todo esto...

—¿De veras, teniente? —le miró, irónico—. ¿Quién será, a su juicio?

—Los primeros, el Ku-Klux-Klan o unos jóvenes racistas. Los segundos... palestinos o israelitas de algún grupo terrorista.

—Es una respuesta ambigua, teniente. De todos modos, si algún grupo terrorista es responsable, terminará por atribuirse el golpe. Esperemos, mientras seguimos buscando indicios...

No había demasiados allí. Tampoco en esta ocasión podían los testigos aportar nada nuevo al caso. Nadie había identificado mi raza ni posible edad o aspecto de los enmascarados. Lo cierto es que dinamitaron el recinto, y luego destrozaron banderas, películas y carteles de todas las naciones.

Dillman recorrió la alameda donde se alineaban banderas y carteles representativos de cada país participante. Advirtió un detalle significativo: todos estaban abatidos y rotos o quemados. No se había respetado emblema alguno. Ni Israel, ni los países árabes, ni China, ni la URSS, ni siquiera la enseña nacional de los Estados Unidos.

Por tanto, ¿de dónde eran los agresores criminales? De momento, era una pregunta sin respuesta. Como tantas otras...

* * *

Los periódicos ofrecían sensacionales titulares.

Y lo malo es que no eran solamente los diarios nacionales, sino las ediciones extranjeras, desde Londres a Beirut o Tel-Aviv, y desde Berlín a Pekín o a Sidney:

«Inconcebible masacre en el Palacio Internacional del Cine.»

«Sacrificio humano de un político africano en pleno Broadway.»

«¿Descuidos de la policía americana? ¿Negligencia?»

«Terrorismo ante la impotencia de todo un país y una ciudad.»

«¿Nueva York a merced del racismo y del terror político internacional?»

—Ciertamente, no salen muy bien parados —rio Jeremy Talbot, moviendo una pieza sobre el tablero de ajedrez que tenía ante sí. Luego, echó a un lado el periódico, y miró a su inexistente antagonista en aquella partida—. Vamos, ahora mueven negras...

Y movió la pieza contraria.

Reflexionó luego, con una suave carcajada, dio otro movimiento a las blancas y...

—Jaque mate —derribó el rey negro con un golpe de su pulgar—. Hermoso juego el ajedrez... Pero mucho más fascinante con piezas humanas, sobre el tablero de este país... o del mundo entero, si es preciso...

Se incorporó, riendo. Se detuvo ante los periódicos acumulados sobre una mesa inmediata. Descargó un golpe en ellos, con una luz maligna en sus ojos.

—¡El *gang* del viejo pirata sigue adelante con éxito! —masculló—. Él ha movido sus piezas espectacularmente, no hay duda... No quiere perder el millón... ni su prestigio. A mi golpe en Broadway, ha respondido rápidamente en ese Palacio del Cine... Y a mis caperuzas negras, ha replicado con caperuzas doradas. Como el color de las piezas blancas del ajedrez, viejo pillo. Ha captado mi idea, no hay duda... Y su golpe aún produce más ruido que el mío en todos los países... ¡Bien, amigo Banyard, veremos el próximo movimiento si eres capaz de contrarrestarlo...!

Y volvió a reír, contemplando la negra pieza abatida en el tablero de ajedrez.

* * *

—Acaba de recibirse en todas las agencias de Prensa: el país, Dillman —suspiró el inspector Hamilton—. El Ku-Klux-Klan rechaza toda posible intervención en el suceso del hotel. Por su parte, palestinos, judíos y movimientos terroristas de cualquier país, incluida Irlanda del Norte, niegan haber participado en ninguno de ambos sucesos. Por tanto...

—Por tanto, estamos donde yo imaginaba —habló Clint—. Este no es un caso normal. Dos golpes tan rápidos, en diferentes lugares... No sé, señor. Me resulta siniestro lo que sucede, porque

no lo entiendo. Y no hay cosa peor que no entender lo que uno afronta.

—Lo sé, Dillman. No cesamos de recibir protestas, aclamaciones, demandas de acción, de efectividad... y ni quiera sé qué contestar a todos ellos. El propio secretario de Justicia me ha llamado personalmente. Le he prometido resultados, pero le he hecho ver lo difícil del problema. No quiere oír hablar de ello. Quiere hechos, no palabras.

—Sí, como todos —Dillman sacudió la cabeza—. Estoy dándole vueltas al asunto. A veces pienso que hemos vuelto a la época del gansterismo, pero a gran escala. Otras, creo que algo raro e insólito sucede, y que nos enfrentamos a dos clases diferentes de delitos, porque dudo que existan puntos de contacto entre las víctimas; los motivos reales de ambos sucesos.

—¿Ha investigado ese punto a fondo? Acaso las personas muertas, su posible relación...

—Es una idea muy problemática, pero no la he olvidado. Y seguiré con ello, palabra.

Abandonó la oficina federal con aire desmoralizado. Sabía que no iba a ser fácil hallar nada en común en todo aquello.

Cierto que en ambos casos hubo encapuchados, violencia, extranjeros, pero nada más.

Se preguntó si había algún otro punto de contacto entre ambos. Averiguarían eso por pura rutina, naturalmente. Pero en el fondo, Clint Dillman estaba bien seguro de una cosa: no encontrarían nada que relacionase a unas víctimas con otras.

* * *

—Nada que las relacione entre sí. Estaba seguro de eso.

—Clint, es algo horrible, ¿no crees?

—Horrible, sí. El crimen siempre lo es. Incluso para los que estamos ya familiarizados con él... No hay nada agradable, ni tan siquiera apasionante, en la muerte de un ser humano, Evelyn. Todo el que diga otra cosa, inventa patrañas. Solamente en las novelas, los crímenes tienen algo de divertido, de emocionante o de trágico. En la vida real es algo sórdido, cruel y tremendo, que provoca escalofríos, y contra lo que uno jamás se siente realmente curtido.

Evelyn Banyard asintió lentamente, contemplando a Clint. Luego, retiró de un manotazo el periódico cuyos titulares se referían al doble crimen de la noche anterior.

Tras eso, ambos se retiraron, tratando de pensar en cosas bien diferentes y mucho más risueñas.

—Clint, he pensado mucho en ti estos días... —confesó ella, ruborizándose levemente.

—¿De veras? —Dillman la contempló, enarcando las cejas—. Creí que habías olvidado totalmente a tu admirador de Londres, a tu compañero de viaje por el Atlántico...

—Oh, no digas eso. Es que papá resulta terrible en ese aspecto. Siempre piensa lo mismo, y resulta muy difícil discutir con él.

—¿Piensa en los cazadotes? —sonrió Dillman, risueño.

—No, no es eso —eludió rápidamente ella—. No es eso, Clint, te lo aseguro. Me refería a su obsesión por presentarme en todos sus círculos sociales, por acudir conmigo a fiestas, recepciones y todo eso, aparte las que él mismo organiza para introducirme en la muy brillante sociedad de Nueva York.

—¿Y tus pretendientes ricos de Manhattan? —sonrió Clint, irónico.

—Per favor, no hables de ellos —gimió la muchacha, con un expresivo gesto—. Papá es un irresistible casamentero... si hay mucho dinero por medio, claro está. O posición social y todas esas cosas... Naturalmente, a todo le digo siempre que no, y me pongo firme en ello.

—En resumen; vienes a lo que dije antes. No cuenta conmigo en absoluto.

—Clint, ni siquiera te conoce bien todavía.

—No creo que llegue a conocerme, eludiendo mi contacto contigo o con él mismo. Ni repitiendo su trato del muelle, ¿recuerdas? —hubo cierta tristeza en la apariencia de Dillman al hablar de eso—. Es lamentable que la gente ponga siempre el dinero por encima de todas las cosas de este mundo. Aunque en el caso de tu padre lo comprendo muy bien. Debe evitar a muchos pájaros de cuenta, eso es evidente. Y la mujer, no siempre sabe distinguirlos, sobre todo si se ciega por un apasionamiento.

—Yo no soy de esas, Clint, tú lo sabes —sonrió la joven,

mirándole con viva simpatía—. Por eso utilicé esta vez tu teléfono y te cité aquí, en el club Náutico. Papá tiene hoy una reunión de negocios. Como ayer no ha dormido muy bien, a causa de su estado nervioso, tenía un aspecto horrible cuando lo dejé. Estoy segura de que no se imagina siquiera que te he citado en el club. Ni le verás en mucho tiempo, si ese es tu gusto, Clint.

—Como detective, no harías carrera jamás, Evelyn —rio entre dientes Dillman de buena gana—. Mira por allá...

Miró ella hacia donde le señalaba Clint risueñamente. Se llevó un gran sobresalto. Un largo automóvil gris plata acababa de detenerse. Era un lujoso «Cadillac» último modelo, del que descendieron dos hombres, charlando animadamente entre sí, y gesticulando ampliamente. Uno de ellos, era inconfundible: Lamont Banyard, el padre de Evelyn.

—Cielos... —se quejó ella—. ¡Qué desastrosa deducción hice...!

—No te sorprendas. Él se figuró lo que planeabas, y ha venido a aguarle la fiesta. Es muy previsor. Y muy astuto. ¿Conoces a su acompañante?

—Sí, un hombre odioso. Un maniático del coleccionismo, como papá. Y rival en todas sus obsesiones coleccionistas, desde sellos a muebles antiguos. Se llama Talbot. Jeremy Talbot. Nunca me fue simpático, y él lo sabe.

Dejó de hablar Evelyn. Ya Banyard había descubierto la presencia de su hija. Y, sobre todo, la de Clint Dillman, su acompañante, junto al embarcadero de yates privados de los miembros del club Náutico, y la terraza-bar del recinto social, encristalada durante la estación invernal.

El gesto de Banyard fue hosco, repentinamente duro. Dejó de hablar con Talbot, para cruzar con él simplemente un par de frases cortas. Jeremy miró en su dirección también y los azules, fríos, ojos, estudiaron largamente a la joven y a su compañero. Todo eso, sin dejar de acercarse ambos magnates, con paso rápido y seco.

Les dejaron venir, sin moverse y en silencio. Pero Evelyn no se separó un ápice de Clint, y este se mantuvo igualmente, firme, erguido junto a ella, contemplando a los dos millonarios sin un solo pestaño.

—Evelyn, querida... —comenzó su padre, agitadamente—. Creí que venías hoy con tus amigas, a la piscina cubierta del club...

—Así es, papá —sonrió ella, segura de sí—. Pero también Clint Dillman es uno de mis amigos. Le invité a venir aquí para cambiar impresiones sobre Inglaterra.

Los ojos de Banyard eran puro acero frígido cuando se fijaron en el joven, nada entusiastas.

—Oh, ya conozco al señor Dillman. Creí reconocerle antes, y ahora estoy seguro. Es un placer verle de nuevo, Dillman.

—Por su gesto, no lo parece, ciertamente.

—No haga mucho caso a mi amigo —rio de buena gana Talbot—. Es un poco especial... sobre todo para las amistades de su hija, cuando esas amistades son del sexo opuesto. Cautela o prudencia llamaría yo a esa figura, cuando hay una heredera joven, hermosa, y muy rica.

—Es un sentimiento perfectamente humano, señor —respondió cortés Dillman, inclinando la cabeza—. Pero creo que Evelyn ya empieza a tener su criterio en ese terreno, y es bastante sólido.

—¿Qué sabe usted de eso? —se irritó Banyard—. Evelyn es aún demasiado joven para estar segura de nada, amigo mío. Soy yo quien debe cuidarla y evitarle dificultades y problemas a ella. Eso es lo cierto, señor Dillman.

—Encuentro sensata su posición, señor. Pero Evelyn elegirá siempre a sus amistades, le digan lo que le digan.

—En sus amistades no me mezclo —el tono de Banyard era helado—. Son... sus posibles pretendientes los que me preocupan. Usted podría serlo, señor Dillman.

—Se equivoca —sonrió Clint—. Lo soy. Pretendo a su rija. Y espero llegar a casarme con ella.

—¡Casarse con Evelyn! —barbotó, aturdido, Banyard—. ¿Se ha vuelto loco? Esa es una osadía sin precedentes. Usted, un hombre que se dedica simplemente a trabajar como funcionario del Gobierno, se atreve a decir que... que aspira a ser el esposo de la muchacha más rica de Manhattan.

—Creo que comete usted varios errores en sus apreciaciones, señor Banyard —cortó con tono glacial Clint—. En primer lugar, no soy un funcionario del Gobierno, en el sentido en que usted lo menciona, ni nunca lo fui.

—Usted mismo habló de eso al regresar de Inglaterra... —le citó

con tono áspero Banyard—. ¿Ya lo olvidó? ¿Es que incluso en eso ha mentido?

—Señor Banyard, yo jamás dije tal cosa. Sencillamente, había hecho algunas cosas para la Embajada de mi país en Londres, eso fue todo. Pero mi profesión en realidad, es la de policía.

—Policía...

Banyard se había demudado. Retrocedió dos pasos, aturrido, perplejo. El color huyó de su rostro como si un mazazo hubiera dejado secas sus venas y arterias repentinamente. Boqueó, asombrado, mirando con estupor a Clint, al tiempo que el rostro hermético de Talbot claramente reflejaba una reacción brusca interior, por el fruncimiento de cejas, la forma de entornar sus, ojos costiles, y la línea prieta de su boca, mientras estudiaba pensativamente a Clint.

—Parece afectarle mucho, señor Banyard. ¿Por qué? ¿Tampoco le gustan los policías?

—Los... los detesto.

—¡Papá! —se escandalizó Evelyn.

—Lamento decirlo, por si es una inconveniencia, pero los detesto. Siempre fue así. Y un policía, un vulgar policía, se atreve a hablar de Evelyn, a mencionar una boda que, que... ¡Oh, Dios, qué disparate! Será mejor que salga de mi vista, señor Dillman, y cuanto antes mejor.

—Papá, no sabes lo que estás diciendo —se agitó Evelyn, enrojeciendo intensamente—. Tratas a Clint de un modo...

—Señor Banyard, soy policía y me siento orgulloso de ello —habló lentamente Clint—. Pertenezco a la Oficina Federal de Investigación, y trabajo de ese modo por la ley, el orden y una serie de cosas dignas de ser defendidas, a las que usted sin duda no concede la menor importancia, desde su altiva torre de oro. Sepa, señor Banyard, que me siento avergonzado de que un hombre importante, un hombre rico que se cree algo insustituible en la organización de nuestra sociedad, hable de ese modo de un hombre que sirve lealmente a su país en un trabajo absolutamente necesario e imprescindible para que usted y otros como usted tengan seguro su dinero.

—No le tolero más, Dillman —se impacientó Banyard, furioso—. Eso terminó. Será mejor que salga de aquí inmediatamente, y

aproveche mi tolerancia para con usted. Evelyn no volverá a cometer el error de mezclarse con usted, le guste a ella o no. Esté bien seguro de eso.

—Creo que se equivoca en algo, señor Lamont Banyard —habló fríamente Clint—. No hay nadie capaz de oponerse a la relación entre dos jóvenes que se estimen, si ellos no desean ser separados. Siempre fue así, y hoy en día con mucho más motivo. Eso es todo, caballeros. Evelyn, hasta siempre. Te veré de nuevo, quiera tu padre o no.

—Clint, perdónale. Perdona todo esto... —musitó ella, implorante.

Él la confortó con una sonrisa y un apretón de manos, y después, el agente federal se alejó con larga zancada, desapareciendo del embarcadero y perdiéndose camino de la salida del club Náutico.

Talbot sonreía, complacido en cierto modo evidentemente. En cuanto a Banyard, lívido y tembloroso, se revolvió contra Evelyn, que aún miraba hacia el punto por donde se alejara el joven federal.

—Espero que esto haya terminado, por bien tuyo —sentenció—. No admitiré rebeldías en eso.

—Padre, me falta poco para ser mayor de edad y elegir por mí misma —fue la fría réplica de ella—. Entonces, creo que no contaré contigo para elegir al hombre de mi vida.

—Es posible que lo hagas así, y caigas en la red del primer cazadotes que surja —jadeó Banyard, sudoroso—. Pero ese hombre no te conviene. Un vulgar policía, un federal para Evelyn Banyard... Muchacha, admito que tengas cualquier amistad, pero un... un novio semejante...

—Ni siquiera era aún mi novio. Pero lo será, si insistes en esa postura —afirmó ella, terca, apretando sus labios con energía.

—No se hable más de ello. Se hará todo como yo he dicho. Lamento que tu estancia en Londres, después de todo, no haya sido en obediencia y en disciplina, todo lo provechosa que yo creía... —se detuvo para hacer un vivo gesto hacia un empleado del club que pasaba por allí—. Eh, usted, Portman...

—Diga, señor Banyard —habló, respetuoso, el funcionario del local náutico de placer.

—Le voy a dar una orden. Es una orden concreta, como socio de este club y miembro especial de su junta. Un caballero joven que ha estado hablando con nosotros, fue citado aquí por mi hija hoy. Se le permitió entrar, gracias a Evelyn, pero tendré que recordarle sus obligaciones. Prohibirán terminantemente la entrada a cualquiera en este recinto, no siendo socio del club, ¿entendió bien? Está en las normas del local.

—Papá, es ridículo —protestó ella—. Yo soy miembro. Y las normas dicen que puedo presentar un invitado conmigo, sin que sea rechazado.

—Yo haré uso del veto de que dispongo, en ese sentido. No entrará contigo ni con nadie ese joven. ¿Comprendido, Portman? Dígaselo así a todos sus compañeros.

—Bien, señor. ¿A qué joven se referían exactamente?

—A ese que salió ahora mismo de aquí. Es alto, pelo castaño... Se llama Clint Dillman y pertenece al FBI. Ni siquiera su condición federal le da derecho a entrar aquí, en tanto no lo haga por algo delictivo.

—Clint Dillman... —Portman, sorprendido, meneó negativamente la cabeza—. Oh, entiendo. Es el joven a quien había citado aquí la señorita Banyard, según me contó él mismo al llegar antes que ella al club.

—Sí, exacto. No volverá a tener acceso al club.

—Lamento no poder hacer nada en ese sentido, señor. Ni usted mismo podría prohibirle la entrada aquí.

—¿Qué dice, Portman? —se alteró Banyard—. ¿También usted contra mí? ¡Puedo impedir el acceso a cualquier persona que, sin ser socio del club, considere no grata a este local, sea quien sea su introductor aquí!

—Exacto, señor. Pero nada puede hacer contra un socio de antigüedad, cuyo padre era ya socio del mismo club...

—¿Socio? ¿Quiere decir que... que Dillman es...?

—Socio del club Náutico, señor, aunque rara vez viene por aquí. Le conocí hace años. Es el mismo joven que estaba con ustedes antes: Clint Dillman.

—Pero... ¡pero eso es inaudito! —protestó Banyard, congestionado, confuso—. Para ser socio de este club debe pagarse

mensualmente quinientos dólares de cuota, pagar una entrada de veinticinco mil para el ingreso...

—Desde luego, señor. Nadie puede escapar de esas condiciones.

—¡Es ridículo! ¿Cómo un vulgar policía iba a permitirse semejante gasto, semejante lujo sin sentido...?

—Es que, señor Banyard, me sorprende que usted no lo sepa —sonrió Portman.

—Que yo no sepa, ¿qué?

—Que ese joven, Clint Dillman, es el único hijo del difunto Charles Dillman, uno de los socios fundadores de este club. Hijo único, propietario actualmente de una de las mayores fortunas de Nueva York, aunque jamás ha querido hablar de ello, y mucha gente debe ignorarlo, pensando que necesita ser un policía federal para vivir...

CAPÍTULO VI

—DE modo que se dejó humillar nuevamente, Clint...

—Era lo más pertinente en ese caso. No conducía a nada discutir y probarle que soy un Dillman de los Dillman millonarios de Manhattan. Yo no soy así, inspector. Nunca fui de esa manera. Quizá por ello hui del ambiente de oro de esa gente. No va conmigo.

—Lo sé, Clint, lo sé. Pero la muchacha... ¿Qué pensaría Evelyn de todo eso?

—Es lo que ella piensa, justamente, lo que más me reocupa. Vi en ella afán de defenderme, amargura y humillación por la actitud de su padre, por mi modo de aceptar lo que parecía inevitable.

—Terminará por saberlo. Quizá a estas horas lo sepa ya. Siendo usted conocido en el club Náutico...

—Es posible que lo sepa. Si es así, supongo que será su padre el humillado, y que ella reconocerá mi comportamiento como el más digno. A fin de cuentas, no ruede preocuparme lo que Banyard o Talbot piensen de mí. Creo que las personas somos exactamente las mismas, con fortuna o sin ella. Sería repugnante que ahora, sabiéndome un hombre rico, me tratasen de otro modo.

—Pero así sucederá, no le quepa duda —suspiró el inspector Hamilton—. Así ocurre siempre en este cochino mundo, amigo Clint.

—Mi padre me dejó su fortuna y una serie de buenos consejos. Él no fue feliz con su dinero, y yo no tenía por qué esperar que conmigo las cosas fueran diferentes. De modo que sentí miedo y renuncié a vivir como un Dillman. A veces, incluso yo mismo olvido mi fortuna, pese a que fue honestamente ganada. Y el dinero que gano aquí, en este lugar, me parece tan diferente...

—Un millonario policía —rio entre dientes Hamilton,

sacudiendo la cabeza—. Inaudito. Esas cosas solo pueden suceder en nuestro país, Clint. Pero la verdad es que usted ha logrado que incluso aquí, todos hayamos olvidado su condición social y económica, para pensar solamente en el Dillman camarada y amigo, en el colega de cada día.

—Es que ese soy yo y no otro, señor —le recordó modestamente Clint, paseando por la habitación—. Es lo que quisiera que entendiese la gente. Tal vez algún día tenga que dejar el FBI, si la vida me es respetada por los enemigos de la ley. Si eso sucede, volveré a ser el Dillman de antes. O tal vez no. Pero aquí, en todo momento de mi vida actual no soy más que quien realmente ven todos ustedes, el que conocen día tras día: uno más. Un compañero, un policía, un hombre que lucha como el primero. Sin privilegios. Sin que su vida privada tenga que mezclarse con su trabajo, ni su condición social o económica lastre su propia personalidad como agente al servicio de la ley.

—Conforme, Clint —sonrió Hamilton, bajando la cabeza—. Así ha sido hasta ahora. Y así seguirá siendo, en tanto usted lo desee, amigo mío. Sea usted quien sea, lo que importa es quien realmente es aquí, entre nosotros: Clint Dillman. Uno de los mejores agentes del FBI.

—Gracias, señor —dijo Clint, con gratitud. Y luego agregó, sarcástico—: Pero también, no lo olvide... un agente que no ha logrado aún resolver el mayor problema existente en nuestro organismo.

Y se alejó, sin añadir una sola palabra.

Fue ese mismo día cuando se enteró Clint Dillman del nuevo suceso en alta mar, entre Nueva York y las Bermudas: un avión norteamericano, con un famoso personaje de las Naciones Unidas a bordo, había sido secuestrado por encapuchados de negra caperuza... y tras abandonarlo con paracaídas, le hicieron estallar en el aire, con todos sus ocupantes.

Tres agentes del FBI iban a bordo del avión, escoltando al miembro extranjero de la ONU, en su viaje a las Bermudas.

* * *

El helicóptero sobrevoló la zona por tercera vez.

Clint retiró los prismáticos de sus ojos. Sacudió la cabeza.

—Nada. Ni un superviviente. Solo trozos de fuselaje... ¿Cómo se supo que eran encapuchados de negra caperuza?

—Lo informó el radiotelegrafista de a bordo, antes de ser silenciado por los asaltantes. También un buque pesquero les vio saltar en paracaídas sobre esa zona, llevando las cabezas cubiertas con caperuzas negras. Les aguardaba una potente lancha a motor, casi un pequeño yate, que se llevó a todos ellos...

—Cielos. Tanto despliegue de fuerza, de organización... ¿para qué? ¿Solo para sembrar el terror en el mundo? —se preguntó Dillman, aturdido—. No logro entenderlo. En absoluto...

El helicóptero regresó a su base del Servicio de Guardacostas. Su informe al FEI no iba a ser demasiado amplio. Tres camaradas habían muerto en el brutal atentado aéreo de los «caperuzas negras», junto con el resto del pasaje y el importante miembro de las Naciones Unidas, pero él nada podía hacer por esclarecerlo. El mar se había tragado el avión y sus ocupantes. Solo encontrarían cadáveres, evidentemente. Si es que aparecían.

Y de los asesinos y secuestradores aéreos, ni rastro.

Como en los dos casos anteriores.

Apenas se posaba el helicóptero en tierra, un miembro de Guardacostas corrió hacia ellos, con sus ropas agitadas, por el aire de las hélices. Se detuvo ante Clint.

—Le llaman desde Nueva York, señor Dillman —dijo—. Del FBI. Es «muy» urgente...

Clint se estremeció, temiendo nuevas noticias adversas. Estaba preparado ya para lo peor, cuando se dirigió a la primera instalación telefónica de la toase de Guardacostas de los Estados Unidos.

Descolgó. Le dieron línea inmediatamente. La voz de Hamilton le llegó, lejana:

—Dillman, ¿algo nuevo en el Atlántico?

—Desgraciadamente, nada, señor. Ni un superviviente.

—Pues prepárese para algo peor.

—¡Oh, no! —gimió Clint, palideciendo.

—Esta vez se trata de los otros, si es que hay «otros».

—¿Los «capuchas doradas»?

—Acertó, Dillman. Un cuarto crimen horrible. Y también de

enorme resonancia fuera de nuestro país. No sé qué pensar, pero esto ya resulta aterrador. Es posible que terminemos en plena demencia criminal, a este paso.

—Cálmese, señor. Me temía algo así.

—¿De veras? ¿Usted lo temía?

—Sí. Empiezo a tener mis propias ideas al respecto... Se lo ruego, continúe. ¿Qué es lo que ha sucedido esta vez? Imagino que algo más sonado aún que el secuestro y destrucción del avión...

—Mucho más, aunque es diferente estilo. Quizá no tan cruel, pero...

—Me tiene sobre ascuas, señor. ¿Qué ña sido ello?

—Un hombre... Un hombre ha aparecido ahorcado... ¡en el brazo de la estatua de la Libertad! No sé cómo sucedió, pero lo hicieron.

—Dios mío. Y ese hombre... ¿era famoso, importante...?

—¿Si era famoso o importante, pregunta? Escuche esto, Dillman: era, nada menos, que un rey.

—¡Un rey!

—Sí. El monarca era... —dio su nombre y su país—. ¿Se da cuenta? Fue raptado de la residencia privada donde era huésped del país, esperando la próxima Asamblea General de la ONU. ¡Y le han ahorcado, colgándole de la estatua de la Libertad! Es la noticia más terrible y demoledora para un país, que pueda haberse producido...

Clint Dillman colgó en silencio. Estaba mortalmente pálido.

* * *

—Es un peligro. ¡Un peligro latente, Lamont!

—Lo sé. ¿Cree que no he pensado en ello, maldito sea?

—¿Qué piensas hacer ahora? Tu técnica no resultará, ahora que Evelyn sabe la persona real que es él...

—No he tenido tiempo de pensar aún. Hay que hacer algo, pero no sé el qué...

—Pues lo que sea, hazlo pronto —le avisó duramente Jeremy Talbot—. Comprenderás que no es nada tranquilizador sentir a un policía, y menos aún a un policía federal, cerca de nosotros, entrando en nuestras vidas como un intruso... cuando tantas cosas

hay por esconder.

—Es tu juego, Jeremy. Te dije que no hiciéramos nada de esto. Es todo una locura, un demoníaco asunto de sin pies ni cabeza.

—Tú elegiste, recuerda. Te di a escoger. La cárcel y el conocimiento de su pasado criminal, por parte de tu hija. O jugar mi juego, con el millón por medio. Escogiste lo de ahora. No te puedes echar atrás.

—Es espantoso. Cada vez que leo los diarios, que veo las fotografías de...

—Banyard, estás completamente loco si te obsesionas con eso. Nosotros no hacemos nada. No podríamos actuar personalmente. Nuestra coartada es importante. Hay quién lo —hace por nosotros. Yo tengo a la Mafia. Mi asesino profesional cumple correctamente, sin grandes alardes. Tu ejecutor... tampoco va mal. Lo que importa no es la ejecución en sí, sino el cerebro que la dirige y controla, Lamont. Eso es lo importante en todo asunto, criminal o no. El cerebro, la mente. Nosotros somos esos cerebros. Nosotros hacemos nuestra colección. Y esperamos el final del plazo, para ver quién obtuvo mejores trofeos para su museo particular y privadísimo...

—Calla, por Dios —se estremeció Banyard, lívido—. No sigas. No puedo soportarlo. Es superior a mis fuerzas, Jeremy.

—No flaquees, o terminarás en la silla eléctrica —rio Talbot—. Hay que tener sangre fría. Como la tuviste para matar a treinta negros en el mar. ¿No te remueve también la conciencia por eso? ¿No llaman sus espíritus a tu puerta cada noche?

—Oh, Dios, lograrás volverme realmente loco con tu maldito martilleo sobre mi cabeza —Banyard se oprimió las sienes, exasperado—. ¿Por qué no callas de una vez, Jeremy, y dejas que las cosas sigan su curso?

—Muy bien. Es lo que estoy haciendo ahora, Lamont. Por eso te pedí acción. Has de hacer algo, si quieres que todo siga bien. No puedes cruzarle de brazos y dejar que un agente federal, precisamente un agente federal, ronde nuestro camino, esté cerca de nosotros. Es un riesgo tremendo. Es necesario que busques una solución. La que sea.

—No será fácil. Evelyn no va a dejarse apartar de él. Mi táctica primera fue un error, pero eso ya no tiene remedio alguno. Ahora, ni siquiera puedo manejar ya la causa de su condición inferior. Es

tan rico casi como yo, y ciertamente no necesita del dinero de Evelyn para nada. Oh, ¿por qué tuvo que ocurrir esto?

—La vida tiene a veces esos contrasentidos. Hay que aceptarlos, pero también hay que intentar combatirlos, si ello es posible. Y tú tienes que hacerlo. No quiero a ese policía cerca de nosotros por nada del mundo. ¿Te fijaste en su modo de mirar, en su forma de hallarse siempre en guardia, receloso y vigilante, dudando de todo y de todos? No me gusta nada. No quiero verle. Me preocupa, Lamont. Me preocupa mucho.

—Estudiaré algo, lo que sea. Pero dame tiempo, deja que piense...

—Está bien, piensa lo que quieras, pero rápido. Si tú no encuentras una solución, ya trataré de buscarla yo. Pero no quiero ser quien siempre haga las cosas, para que tú vivas tranquilo, sin preocupaciones de ningún género.

—No será así. Ya veremos lo que se resuelve... Confía en mí, Jeremy.

—Claro, Lamont. Es lo que estoy haciendo —rio con voz aguda Talbot—. Confiar en ti en todo este asunto. Se trata de mi pellejo, pero también del tuyo. Tenemos coartada, pero si nos desunimos y tratamos de zanjar las cosas de forma anárquica, el juego podría volverse contra nosotros. Es lo que le hace apasionante. Sus riesgos, sus tremendos riesgos. Ahora bien: no quiero que pase de ahí. Miedo, excitación, inquietud... Lo que quieras. Y solo eso, desde luego. Nada de consecuencias desastrosas. No las tolero.

—Muy bien —resopló Banyard, nervioso. Miró hacia la puerta de la sala—. Creo que Evelyn se acerca. Está charlando con esa joven, mi nueva secretaria, la señorita Prince. Se han hecho buenas amigas las dos.

—Me iré yo —habló Jeremy Talbot fríamente, poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta-balcón de la sala, asomada a los frondosos jardines de la residencia Banyard—. Tu hija no simpatiza conmigo. No soy santo de su devoción.

—Cierto. Ella parece tener buen criterio para sus relaciones —aseguró con cierta hostilidad en su tono irónico Lamont Banyard.

—Vaya... Si te crees chistoso y todo —rezongó agriamente Talbot, caminando hacia la salida posterior. Hizo una mueca, ya en el umbral—. Deja tu agudo ingenio para otras cosas más

importantes, amigo mío. Como ese federal, por ejemplo... Hasta siempre. Espero oír hablar de ti y de tus nuevos «ejemplares» para la colección...

Soltó una nueva, apagada carcajada, y se ausentó, sigilosamente, perdiéndose entre los setos.

Se quedó solo Lamont Banyard. Momentos después, entraba Evelyn en la estancia. Llevaba traje de tenis, falda plisada, muy corta, sobre sus muslos torneados, y una raqueta se agitaba en su mano derecha. A su lado, Gladys Prince, la joven, atlética, pero bella y seductora secretaria de Banyard. Alta, muy rubia, con influjo acaso nórdico en su apariencia, en sus movimientos, armoniosos y fuertes a la vez. Las dos mujeres iban riendo. La vitalidad poderosa de Gladys Prince, contrastaba con la esbeltez graciosa de Evelyn. Pero indudablemente, las formas de la rubia secretaria eran dignas de un mármol clásico, desde sus caderas ampulosas, su torso fuerte y erguido, hasta su larga pantorrilla.

—...No le quepa duda, mi querida Evelyn —venía diciendo jovialmente la rubia Gladys—. El deporte es algo realmente necesario en nuestro mundo actual, sobre todo para las personas que viven largo tiempo en espacios cerrados y ciudades cubiertas de humos, neblinas y cosas así. Celebro que sea una excelente jugadora de tenis. En mis ratos libres me gustará mucho practicar, enseñándole nuevos efectos para que pueda vencer a sus amigos y amigas. He sido amateur del tenis durante dos años

Oh, perdón, señor Banyard. Acaso he merecido su reprensión, por acudir tarde al trabajo...

El padre de Evelyn, pensativo, trató de sonreír despreocupadamente, sin mucho éxito, y meneó la cabeza en sentido negativo.

—Ni lo imagine siquiera, señorita Prince —declaró, risueño—. Mi trabajo podía esperar a mediodía, ya se lo dije. Tuve unas visitas que despachar, y ahora es cuando me siento a punto para iniciar la tarea de la correspondencia y el orden en mis apuntes. Llega en un momento muy adecuado. Por cierto, me alegra que mi hija y usted simpaticen.

—¿Simpatizar? —sonrió Gladys Prince jovialmente—. Ella es una chica encantadora, señor Banyard, con todos los respetos. Una muchacha moderna, inteligente y capaz de todo cuanto se propone.

Le felicito por tener una tija así, señor.

—Gracias, señorita Prince —sonrió, orgulloso, él—. Puede sentarse, si gusta. Evelyn, lamento privarte ahora de tu compañera de juego, pero el trabajo exige que se cuiden las diversiones.

—Claro, papá —rio ella—. Es lo natural.

Se había quedado repentinamente seria, mirando a su padre. Este, inquieto, se rebulló en su asiento, mientras Gladys Prince se ocupaba ya de tomar bloc, lápiz y goma, y se acomodaba en una butaca próxima.

—¿Qué ocurre? —indagó Banyard, molesto—. ¿Por qué me miras así?

—Papá, no estabas solo ahora... —señaló el cigarrillo que aún ardía en el cenicero. Es emboquillado, y tú nunca fumas eso. ¿Había alguien aquí?

—Oh, una visita, nada especial...

—¿Una visita? No nos cruzamos con nadie en el corredor.

La secretaria mostró su sorpresa en su agraciado rostro de walkiria. Asintió:

—Cierto. Ni Evelyn ni yo vimos salir a nadie de aquí...

—Bueno, él lo hizo por el jardín —se disgustó Banyard al explicar eso—. Le resultaba más cómodo, y tenía su coche ahí fuera, frente a esa puerta de la valla. Nada importante, Evelyn.

—Y esa visita... ¿quién era? —indagó la joven, de súbito.

—Pues una visita de negocios, naturalmente —el nerviosismo de Banyard se hizo más ostensible—. ¿Es que debo darte explicación minuciosa de todo?

—Perdona, papá, si te molesté —dijo dignamente Evelyn, irguiéndose y cruzando la sala, hacia el jardín—. Es que esos cigarrillos emboquillados son justamente de los que vi fumar a tu amigo, el señor Talbot... No tiene importancia, pero me desagrada que seas tan amigo suyo. Ese hombre no es bueno, papá. Oculta algo vil, algo extraño y desagradable en su ser...

Banyard se estremeció, sin decir nada. Su hija había salido al jardín ya. Los ojos de Lamont se encontraron con las rientes pupilas inteligentes de su nueva secretaria, la rubia y poderosa Gladys Prince.

—Su hija es muy observadora, señor Banyard —señaló ella,

pensativa. ¿Estaba ella en lo cierto tal vez? Lamont Banyard inclinó la cabeza, irritado. Asintió al fin.

—Sí, por todos los diablos —admitió—. Ella estaba en lo cierto también ahora... Pero olvidemos eso, señorita Prince. Vamos al trabajo nuestro...

CAPÍTULO VII

CLINT DILLMAN clavó sus ojos en la noticia que aparecía en la primera plana. Se estremeció:

«La próxima semana se reúnen en Nueva York, en el marco de las Naciones Unidas, el presidente de los Estados Unidos, el presidente de la Unión Soviética y el primer ministro de China Roja, en la más alta cumbre política de todos los tiempos. Grandes medidas de seguridad serán tomadas en todo el país, especialmente en la ciudad donde los tres grandes estadistas se reunirán.»

—Oh, no... —susurró—. No puede ser cierto lo que se me ha ocurrido...

Fue al teléfono con rapidez. Descolgó. Llamó a Hamilton.

—¿Sí, Clint? —indagó la voz severa de su jefe.

—Señor, la noticia... La que traen los diarios...

—¿Qué noticia? —se alarmó Hamilton—. ¿Ocurre algo malo?

—No. Pero puede ocurrir antes de una semana, si se cumplen mis temores, señor.

—¿Qué temores?

—Esa gente... Los «caperuzas negras» o «doradas», tanto importa... Ellos pueden intentar el más grande golpe de todos los tiempos...

—¿Qué golpe, Clint? Me alarma usted...

—Señor, los... los presidentes de los Estados Unidos, las URSS y China Continental...

—¡Cielos, no! ¿Qué locura se le ha ocurrido?

—Ninguna locura, señor. Todos los golpes han sido hasta ahora realmente espectaculares. Auténticas «bombas» mundiales. Es como un reto mutuo. Un desafío. Una... una colosal partida de ajedrez.

—¿Ajedrez? ¿Está en sus cabales, Dillman?

—Me temo que sí, señor. Totalmente en mis cabales. Es un desafío entre dos *gangs*, dos bandas, dos organizaciones, no sé las que sean, ni sus motivos de puro prestigio criminal, pero si intentaron audacias tales en terrible pugna, en una competencia siniestra... ¿no pueden intentar ahora un magnicidio triple, un secuestro espectacular, único en la historia? Ese sería el máximo «golpe» posible, ¿entiende? La victoria para uno de los dos.

—¿Para qué «dos», Dillman?

—Dos jugadores. Dos bandas. Dos cerebros en lucha ante el mayor tablero conocido: el del mundo entero. El planeta Tierra es su tablero. Nosotros, los humanos, sus piezas. Algo terrorífico e increíble, Pero está sucediendo, lo presiento. Todo responde a ese azar: fichas blancas, fichas negras... Dorado y negro. Peones en luego...

—Suenan... ¡suenan a disparate, Dillman! A locura...

—Claro que es todo una locura, Lo que ignoro es de dónde procede... Escuche, señor: hay que tomar todas las precauciones posibles para esas fechas... o encontrar «antes» a los culpables.

—Eso último me parece una utopía, Clint.

—A mí también, señor. Pero el FBI debe intentarlo. «Yo» debo intentarlo... cueste lo que cueste.

Y colgó, con una expresión de terrible energía en su rostro...

* * *

—Clint, son cuatro crímenes terribles...

—Cuatro, sí, Evelyn. Y todos espantosamente grandes, espectaculares... No hay pistas, no hay indicios...

—Oh, Clint, dejemos de hablar de eso... —se estremeció ella—. Debes perdonar mi curiosidad pero es que no oigo hablar de otra cosa, no leo otra cosa, no repiten otra cosa por la televisión... Menos a papá, que le disgusta hablar de esos temas, se lo he oído decir a todo el mundo. Mi amiga, Gladys Prince, me relató el otro día los hechos, con detalle... y resultaban escalofriantes.

—Lo sé. Tu amiga Gladys y tú hacéis bien en sentir horror. Lo malo es que esta locura a escala mundial, no sabemos dónde terminará: Es como una pesadilla, como una torpe novela de ciencia-ficción que se hiciera realidad, Evelyn... Mejor será no pensar en ello...

—Pero no puedes evitarlo, ¿verdad? Te noto preocupado, querido...

—Naturalmente. No duermo bien. No dejo de pensar en todo lo que ha sucedido... e incluso en lo que puede suceder.

—¿Puede suceder... algo más? —tembló la muchacha

—Sí. Pero no me hagas caso. Son ideas mías. Ya hablaremos de ellas otro rato. Lo peor de todo está en que no tengamos pistas, en que esos asesinos parezcan disolverse en la nada, después de sus crímenes increíbles... Casos como este, terminan obsesionando. A un hombre... y a toda la policía del país. El FBI y la Metropolitana, no logran nada. Interpol, tampoco. Incluso: el Departamento de Justicia y el propio presidente nos han llamado la atención. Washington exige medidas urgentes. Pero ¿qué medidas? No sé dónde están, Evelyn

—No hay respuesta para las incógnitas, ¿eh, Clint?

—No. Ninguna respuesta.

Caminaron en silencio durante un trecho. Ambos meditaban, taciturnos.

—Clint, yo... —comenzó ella a hablar tras un largo espacio de tiempo callados.

—¿Sí, Evelyn? —se interesó él, saliendo vivamente de su abstracción.

—Clint, ya he hablado de ti con papá. Es extraño pero mantiene su punto de vista de siempre. Dice que no me convienes. Ni aun siendo el hijo de Charles Dillman. ¿Tú lo entiendes?

—Debe ser muy obstinado —sonrió Clint, pensativo—. Además, creo que no le gustan los policías. Ese puede ser el motivo.

—De cualquier modo, yo no cedo. Clint, tampoco hubiera cedido de no ser tú quien eres. Sabía que no podías ser un cazadotes, estaba muy segura de eso. Para mí, sigues siendo el mismo de Londres, el del viaje de regreso a casa...

—Gracias, Evelyn —se detuvo, la miró profundamente, y tomó a

la muchacha por sus hombros—. Sé que siempre pensaste así, y eso me halagaba mucho.

—Clint, dijiste que lucharías por mí, que pretendías ser mi... mi novio.

—Claro, Evelyn. Sigo diciendo lo mismo. Pero me he conformado con que fuésemos ambos solamente eso que tú pediste: buenos amigos. Eso me basta, aunque sabes que en mí no hay doblez. Te amo, y seguiré amándote, ocurra lo que ocurra.

—Clint, es que yo... yo también te amo —susurró ella súbitamente.

Y se lanzó, impulsiva, en sus brazos.

Sorprendido, gratamente asombrado, Clint la rodeó con sus brazos, la atrajo hacia sí, notó el palpitante contacto de la boca entreabierta de la joven, adhiriéndose a la suya propia. El beso pareció durar una eternidad. Pero a Clint y a ella, les pareció una décima de segundo.

—Evelyn, cariño... —susurró él, apoyándola contra su torso, resueltamente.

—Clint, me siento tan feliz de estar al fin segura de mis sentimientos hacia ti... —sonó en un murmullo la voz de la joven.

—Sí, Evelyn. Es maravilloso saber lo que se siente... y poderlo gozar en su plenitud. Es un día maravilloso para mí, te lo aseguro...

Siguieron adelante, cogidos de la mano, hasta muy cerca de la residencia Banyard. Allí, ella se soltó suavemente de él, sin dejar de mirarle a los ojos

—Debo volver a casa. Gladys me espera para la clase diaria de cultura física, y papá me necesita para unos asuntos que debe arreglar hoy. Es mejor hacer las cosas ordenadamente, para evitar tensiones desagradables. Pero dentro de diez meses cumplo veintiuno, Clint. Entonces no necesitaré autorización paterna. Seré tu esposa cuando me lo pidas...

—El mismo día de tu mayoría de edad, entonces —sonrió Clint—. O antes, si ello fuera posible...

—Te adoro, Clint —hizo un mohín y le besó de nuevo.

—Te amo, Evelyn —la besó también.

Ella corrió hacia la casa, jovialmente. Desde la entrada, le lanzó un beso con la punta de sus dedos.

Clint sonrió. Se volvió, silbando entre dientes, radiante como no podía soñar en estarlo, al siguiente día del hallazgo terrible del pobre turista hindú en el hotel de Manhattan. Las palabras, la confesión espontánea de Evelyn, habían obrado en él un auténtico milagro.

—Buenos días, señor Dillman. Parece muy feliz...

—Sí, mucho —sonrió él, deteniéndose, sorprendido. Miró hacia atrás. Se encontró de cara ante el amigo inseparable de Banyard. Jeremy Talbot le dirigía su mejor sonrisa, pero los ojos azules continuaban fríos y herméticos—. Vaya, señor Talbot. ¿Usted por aquí?

—He visitado recientemente a mi amigo Banyard —asintió Talbot, risueño—. Somos tan amigos que parecemos hermanos... Antes le he visto con la joven Evelyn. Ambos estaban muy efusivos... Le felicito, señor Dillman. Ella es muy hermosa.

—Menos mal que no habla de su dinero.

—Oh, su dinero... —Talbot rio, agitando una mano—. Ese fue el mayor error que pudo cometer Lamont. Él es un viejo avaro receloso. Su lección fue soberbia. Si llega a verle, cuando supo quién era usted... Claro que yo también me sentí aturdido. ¿Quién podía imaginar a un policía federal cargado de millones... sin haberse siquiera dejado sobornar?

—Como chiste, no tiene gracia —le recordó secamente Clint.

—Perdone. Era un simple comentario irónico. No quise ofender a los policías... Por cierto, ¿qué placer puede encontrar usted en... en ser lo que es ahora? ¿Cree que vale la pena sacrificarse como policía, cuando se tiene el dinero que usted posee?

—Creo que ser policía ha sido una cosa hermosa en mi vida, sí. Mi vocación era esa, y mi padre no se opuso a ello. Me gradué, y me inscribí en las listas de aspirantes a agentes especiales del FBI. Sigo pensando que es lo mejor que pude hacer.

—Policía... —sacudió Talbot su cabeza—. A veces he pensado si no es mucho más fascinante la profesión de... de delincuente que la policía.

—¿Delincuente? —Clint le examinó con asombro—. Cielos, claro que no. ¿Usted pudo pensar tal cosa alguna vez?

—Lamento confesarlo, pero es así —Talbot se encogió de

hombros—. No pretendo ser ningún santo, de modo que no tengo inconveniente en afirmar que muchas veces he envidiado a los grandes criminales de todos los tiempos. Ellos fueron siempre más brillantes que los policías que los capturaron. ¿Quién recuerda a estos, mientras se recuerda el nombre y la obra de todos los criminales?

—No se trata de que nadie los recuerde, sino de aquello que puede hacer un bien a los demás y que significa algo constructivo para la sociedad. Ganarse la triste fama de un asesino, no veo yo que sea realmente digno de honra o de satisfacción para nadie.

—Es su criterio, señor Dillman. El mío, es otro. Tomemos, por ejemplo, esto que ocurre ahora en Nueva York. Todo el mundo habla de esos crímenes. Si alguna vez su autor o autores fuesen descubiertos e identificados, ¿a quién recordaría la gente? Suponga que usted mismo, Dillman, logra esa hazaña. ¿Qué ocurrirá? Le felicitará el alcalde de la ciudad, darán una cena en su honor, los diarios hablarán maravillas de usted, y al otro día no se acordará nadie del policía que cortó la cadena de crímenes. Mientras que los culpables asomarán mil veces su rostro a noticiarios, libros, publicaciones e incluso películas con su vida, y cuando hayan sido ejecutados, todavía se estará hablando de sus delitos durante años enteros.

—¿Y eso será agradable para los ajusticiados? ¿Lo será para la gente, salvo por la morbosa satisfacción de ver los detalles de un caso lamentable y atroz? Me asombra usted, señor Talbot. Le imaginé de otro modo. Su admiración por los asesinos es peligrosa, créame.

—¿Peligrosa? —se asombró Jeremy, perplejo—. ¿Por qué?

—Porque un día, llevado de ese punto de vista, podría usted mismo llegar a convertirse en un asesino...

Saludó correcta, fríamente, y se alejó por la acera, con su larga zancada, hacia donde dejara aparcado su automóvil, tras el paseo matinal con Evelyn.

Jeremy Talbot se quedó solo en medio de la acera, contemplando al federal mientras este se alejaba. Una indefinible expresión de fría ira asomó a su rostro, a sus ojos. Su boca formó una prieta línea, dura y hermética.

—Muy listo, federal Dillman... —habló entre dientes, con voz

glacial—. Muy listo y muy tajante... Sí, eres un auténtico peligro. Y ese imbécil de Banyard no ve siquiera la forma de deshacerse de ti... Lo lamento muy de veras, pero creo que tendrán que ser mis métodos los que se utilicen. Antes de que llegues demasiado lejos en tus deducciones malditas...

Meditó, mientras paseaba, alejándose también de la finca de los Banyard. Luego, musitó para sí, asintiendo con un movimiento de cabeza enfático, como tratando de convencerse a sí mismo de algo.

—Sí, habrá que hacerlo. Es lo más eficaz. Habrá que asesinarte «a ti» ahora, Clint Dillman...

Siguió paseando. Se repitió a sí mismo, con plena seguridad, con absoluta decisión en su voz helada:

—Habrá que matarte, Clint Dillman...

CAPÍTULO VIII

—¡«MATAR» a Dillman! ¿Estás loco?

—No grites —cortó Talbot, helado—. Te dije que sí. Es lo mejor.

—Jeremy, él es ahora el novio formal de Evelyn. Ella me lo ha confesado. Ha tomado su decisión, no puedo negarle eso. No tengo fuerza moral, no tengo motivos para oponerme en nada. Él es rico, es joven, tiene una carrera intachable, un historial excelente en el FBI... En suma, Jeremy, no puedo negarme a que haga ella lo que desee. Falta menos de un año para su mayoría de edad.

—Y querrás que se case con un policía. Y querrás tener siempre a tu lado la amenaza de un hombre astuto y observador como él, que todo lo descubra de súbito cualquier día. Por ti solo no me importaría, pero serías cobarde en ese momento. Me denunciarías también a mí.

—No, Jeremy. Palabra que no —dijo cansadamente Banyard—. Todo este horror sin sentido debe cesar. Ha sido estúpido y cruel desde un principio.

—A mí me ha gustado. Me sigue gustando. Me emociona, me excita.

—A mí me da miedo. Pero no por mí, sino por esa pobre gente a la que estamos asesinando ferozmente, como bestias de la jungla. Por Evelyn, por su futuro... Si algún día, llegase ella a saber...

—Lo sabrá, si esto sigue así. Dillman debe morir.

—¡No, no!

—Está decidido, Lamont. No hay alternativas esta vez. Será mejor que no te opongas ni pretendas quedarte al margen. Los dos estamos hasta el cuello en el asunto.

—Si muriendo pudiera resolverlo todo, querría morir yo, Jeremy. Sería un modo de terminar de una vez por todas...

—Sería una estupidez sin sentido. Haz eso, y el juego perderá su gracia. Evelyn recibiría un mensaje. Sabría la verdad sobre ti, Lamont. No admito deserciones, ni siquiera por la puerta de salida de la muerte.

—Por Dios, Talbot, libérame como sea...

—No —cortó Jeremy, rotundo—. Ahora, quédate ahí. Yo me encargo de todos los detalles respecto al fin inmediato de Clint Dillman, rico heredero y agente federal por vocación...

Soltó una agria carcajada y se dirigió a la salida. Una vez solo, Lamont Banyard sepultó el rostro entre sus brazos, y sintió ganas de sollozar, de romper en el llanto desesperado de un niño que se ve ante lo irremediable.

* * *

Clint se detuvo, sorprendido. Miró con recelo aquella misiva, sobre el suelo de su apartamento.

Un sobre cerrado cuidadosamente, reposando sobre la alfombra del recibidor. Sin duda penetró a través de la rendija de la puerta de entrada.

Miró a su alrededor, pensativo. No parecía haber más que aquel sobre engomado muy fuertemente. Aquello, y nada más.

Se inclinó. Tomó la carta. Examinó su envoltura. No llevaba escrito nada más que su nombre, a máquina:

«CLINT DILLMAN.»

Rasgó el papel. Extrajo un pliego doblado. También mecanografiado, sin firma. Papel vulgar, sin membrete ni nada especial que los caracterizase.

Leyó aquellas líneas, realmente perplejo:

«Quieren asesinarle. Cuidado. Vigile en torno suyo. No se fíe de nadie. El asesino de las mutilaciones ha decidido ejecutarle a usted. Tome esto en serio. Es la verdad.»

Ni firma, ni letra alguna, ni siquiera un pseudónimo. Nada. Solo

la rara misiva. La leyó de nuevo. Guardó, pensativo, el papel en su bolsillo. Lo llevaría a los laboratorios federales. Al menos, sabrían la composición del papel, la marca de máquina de escribir, todo cuanto fuera posible averiguar sobre aquel anónimo sorprendente.

Podía ser una fantasía de alguien. O una trampa. Pero podía ser legítimo también.

Solo que... ¿quién podía saber que el asesino de las mutilaciones proyectaba eliminarle a él, que no fuese el propio asesino? En cuyo caso, la trampa o la burla serían la única explicación al raro anónimo.

Pero si el aviso era legítimo, si alguien quería advertirle contra un desconocido peligro... ¿qué persona podía estar enterada de la acción criminal, no cometida aún?

El otro asesino.

Su teoría, repentinamente, tomaba cuerpo. Eran «dos». Dos criminales diferentes. Dos rivales en el macabro juego alucinante de asesinar personas conocidas o populares. Dos personas que se conocían mutuamente lo suficiente para saber una de ellas lo que la otra había decidido respecto a Clint Dillman, el federal.

Pero... ¿por qué «a él», precisamente? Los diarios apenas si citaban al FBI, cargando todas las culpas a la Metropolitana y a McDonald, de Homicidios. Pero a Dillman, rara vez se le había citado en los periódicos.

El asesino sabía demasiado sobre él. Y el que le avisaba, también. Incluso su domicilio. Si eran ciertamente dos personas diferentes el mutilador y el autor del mensaje, es que ambos conocían lo suficiente a Dillman como para preparar su muerte.

Al siguiente día, él tenía que ir al FBI por la mañana, después se reuniría con Evelyn, luego haría algunas diligencias, para almorzar finalmente, y volver por la tarde al FBI, a seguir la investigación del caso. Durante alguna de esas gestiones, era posible que alguien intentara asesinarle. Pero ¿cuándo sucedería eso?

Optó por empezar a cambiar sus planes cautamente. No quería complicar a Evelyn en un posible riesgo. Una buena excusa cancelaría su encuentro del día siguiente.

Tomó el teléfono y llamó.

Tras varias llamadas del timbre, se puso una voz viril, ronca:

—¿Quién llama? Aquí la residencia Banyard.

—Quiero hablar con la señorita Evelyn Banyard.

—Oh, usted es Dillman, ¿no es cierto? —habló la voz vivamente—. Yo soy Lamont Banyard...

—Sí, había conocido su voz —Clint fue premeditadamente seco—. ¿Está Evelyn?

—La llamaré ahora mismo. ¿Ocurre algo?

—No, ¿por qué había de ocurrir? —se extrañó Clint—. Sencillamente, tengo mañana mucho que hacer y no podré reunirme con ella. Pero prefiero decírselo personalmente.

—Enseguida la haré bajar. Escuche, Dillman, quiero que me disculpe. He sido particularmente duro con usted. Ya sabe, tengo mis criterios sobre la policía y esas cosas, pero eso no significa que le desprecie ni desee molestarle.

—No tiene que disculparse, señor —habló con gravedad Clint—. Yo no le guardo rencor por nada de eso. Cada cual tiene su modo de pensar.

—Sí, es cierto. Solo que quiero reconocer mis errores. Dillman, ¿todo va bien?

—Por supuesto —volvió a extrañarse—. ¿Es que tendría que ir mal acaso?

—No, claro que no. Qué tontería... Espere. Avisaré a Evelyn. Hasta siempre, Dillman. Y considéreme un buen amigo suyo, pese a cuanto le hiciera pensar anteriormente.

—Gracias —respondió Clint, serio, pero correcto.

Esperó a que Evelyn se pusiera para informarle del cambio de planes sin revelar la verdad de sus razones para ello. Entretanto, se quedó meditando. Banyard parecía diferente esta noche. Y se preocupaba mucho por él.

Encogióse de hombros. A veces, era difícil entender a las personas. Sobre todo, a las personas como Lamont Banyard.

* * *

Ocurrió al acudir él a la cita con Evelyn precisamente.

Evelyn no acudiría, porque el aviso estaba dado. Pero el asesino sí acudió puntual a su encuentro con Clint Dillman. Clint, que había ido al lugar convenido, en Battery Park, no lejos del Club

Náutico, como si ella le estuviera aguardando en el sitio de costumbre durante aquellos últimos días, tuvo enseguida el instinto, la sensación sutil e indefinible de que el peligro estaba allí, acechándole. Muy cerca de él.

Cooperó a ella el hecho de que estuviera ya en guardia desde mucho antes, pendiente de cualquier indicio sospechoso. Apenas sintió el recelo, la vaga y difusa sospecha de que algo malo se avecinaba, vio detenerse suavemente el automóvil en la esquina inmediata.

Un hombre descendió de él. Parecía un músico. Llevaba el estuche de un violín, y caminaba decidido hacia un lugar donde se leía:

«*Music Hall y dancing de Battery Park.*

Dos grandes orquestas y atracciones, a diario.»

Nada, pues, podía tener de extraña la presencia de un músico más en el lugar. Pero Clint observó inmediatamente la forma de llevar el escuche aquel hombre. Le faltaba soltura en el ademán, y además, el estuche parecía ser muy pesado, dado su poco vaivén.

Clint dio unos pasos, hasta detenerse junto a un gran cartelón mural sobre soportes de metal aluminizado.

Entretanto, no perdía de vista al músico sospechoso. Su mano se dirigió lentamente a su americana, como si frotara inocentemente la solapa izquierda. El músico, al parecer ajeno a él, cruzó la acera, en dirección al *music-hall*.

Clint dio facilidad. Fingió agacharse, a anudar el cordón de su zapato...

Fue el momento elegido por el asesino que aparentaba ser músico.

Rápido, alzó el estuche del violín y tiró de un resorte. Cayó el estuche, y de él brotó un arma metálica, chata y pesada, mucho más ruidosa y disonante que un violín. Era un fusil ametrallador «Kelly», recortado. Apuntó hacia Clint abiertamente. Comenzó a lanzar una rociada de balas.

Clint Dillman ya había esperado eso durante todos los segundos anteriores, cuidadosamente medido. Rápido, brincó tras el enorme

mural con soporte metálico y, protegido por este, abrió fuego, contra el enemigo, con la automática de calibre 38 que acababa de extraer de la funda sobaquera.

Mientras las balas crepitaban, en chorro violento, sobre el metal del anuncio, y sus soportes, en medio de un fragor horrible de estampidos, sonaron sordamente los tres secos disparos del arma de Clint. El federal atinó de lleno. Tenía que tirar a matar, porque su enemigo no dejaría de oprimir el gatillo mientras tuviese un leve soplo de vida en sus venas.

Le alcanzó en el pecho y en el cráneo. Le vio voltear grotescamente, tirar su fusil ametrallador. La sangre corrió por su faz y sus ropas, y dio tumbos sobre la hierba de un pequeño parterre florido, hasta quedar inmóvil.

No apareció nadie más. Clint Dillman, agazapado, arma en mano, corrió hacia su agresor. Cuando llegó junto a él, todo seguía en calma a su alrededor. Y el pistolero agonizaba, entre espasmos.

Clint le miró fríamente. También el pistolero a él.

—Vaya... Ricky Morello —citó lentamente Clint—. Un experto de la Mafia, un ejecutor por contrato... Experto con el pico de hielo, con la navaja, con la pistola... El hombre capaz de dirigir un *gang* de enmascarados asesinos... Lo hiciste tú, ¿eh, Morello?

El moribundo le miró, convulso. Vomitó sangre y asintió, con un espasmo.

—¿Quién te contrató esta vez, Ricky? —le preguntó Clint—. ¿Quién te pagó para matar a esa gente e intentar liquidarme a mí?

Morello se moría, pero no hablaba. Apretaba sus labios espumeantes de rojo. No hablaría jamás. Era de la Mafia. Un especial código de honor sellaba sus labios incluso en el trance de la misma muerte...

—Bien, te llevarás tu maldito secreto al otro mundo, pero yo sé suficiente sobre vosotros todos —se jactó fríamente Clint—. Sé quién te paga a ti, como sé quién es el otro asesino, el de la otra serie de crímenes. Los crímenes brutales, violentos... Supongo que te avergonzaría, Morello, haber participado en muertes tan toscamente logradas.

Morello asintió, con un chispazo de ironía en sus ojos. Incluso al morir, aquel pillo tenía cierto sentido del humor.

—Pero naturalmente, tú nunca mutilaste a nadie... —aseguró Clint, con energía—. Fue... la otra persona, ¿verdad? Ese otro carnicero tan poco artístico en su trabajo...

Afirmó rotundo el *gangster*. Luego, tuvo una hemolisis de nuevo, se convulsionó y, en el momento mismo de morir, jadeó:

—Los... dos... amigos... están... locos... evidentemente... ¡Qué... locura...!

Murió en ese momento. Clint se quedó erguido, contemplando al muerto, sin entender bien aquellas palabras sin sentido. Se repitió así mismo, sin dejar de contemplar a Ricky Morello:

«Los dos amigos están locos, evidentemente... ¡Qué locura...!»

Dos amigos. ¿Dos asesinos?

Muy posible, sí. Tremendamente posible. Dos locos. O lo que fuesen. Ni un profesional del crimen como Ricky Morello entendía aquello. Quizá tenía razón.

Se alejó despacio, esperando a que acudiera la policía. La ambulancia no importaba ya que tardase. Morello no iba a necesitarla en absoluto, allí donde ahora estaba.

Clint caminó hacia su coche. Iba pensando en el tremendo peligro que pudo haber ocurrido Evelyn aquella mañana, de haber acudido a la cita en Battery Park. Era mejor así.

Pero quizá el asesino volviera a descargar su golpe. Tal vez. Solo que ahora, había perdido a un eficaz colaborador: Ricky Morello, de la Maña, ejecutor por contrato de amplia experiencia.

Entró en un teléfono público. Llamó a Evelyn. Le informó de lo ocurrido y entonces le dijo la verdad sobre sus motivos para cancelar la entrevista. Almorzarían juntos, algo más tarde. Ella aceptó entusiasmada.

—No sabes lo que me alegra ir a almorzar contigo. Acaba de llegar el inevitable Talbot, el amigo de papá. No le soporto. Y oí decir a Gladys que se quedará a almorzar en casa. Es ideal que vengas a echarme una mano, aunque lo terrible es que hayas corrido ese peligro...

—Eso ya pasó —sonrió Clint, ante el micrófono del aparato—. Lo que importa es que nos veamos pronto. Si quieres, ve ya hacia el restaurante italiano de la Calle Treinta, el de Tony Morani. Se come de maravilla allí.

—Salgo enseguida para allá —suspiró Evelyn—. Cuando menos esté en esta casa, hallándose en ella Talbot, tanto mejor. Es odioso, créeme. Siempre de visita a papá, siempre charlando sigilosamente los dos, siempre ocultando sus visitas... Esa chifladura de coleccionar cosas... Ahora no sé lo que coleccionan, pero es evidente que algo están reuniendo, porque le oí de refilón algo así como: «...Mi última pieza fue realmente espléndida. Seguramente que te ganaré la apuesta.» Y claro está, Talbot era quien decía eso. No me duele que papá tenga un buen amigo, sino que ese amigo tenga que ser como Talbot... No sé siquiera cómo siendo en el fondo tan distintos, ambos son tan buenos amigos hace años. A veces, me pregunto si ese Talbot no estará loco... Hasta luego, Clint. Iré al restaurante de Tony enseguida... No tardes.

Colgó ella tras dirigirle un beso. Clint también colgó. Pensativo, salió de la cabina.

Repentinamente, se detuvo. Unas palabras bailotearon extrañamente en su cabeza:

«Coleccionan algo, no sé lo que sea... La última pieza fue realmente espléndida; seguro que te ganaré la apuesta... Dos buenos amigos de hace años... A veces, me pregunto si ese Talbot no estará loco...»

Loco.

LOCO. Y amigos. Dos amigos. Amigos locos...

Dos amigos. Locos. Coleccionistas. Una colección... ¿de qué?

Un escalofrío de horror. No, no era posible...

Los dos coleccionistas. Los dos amigos. Los dos...

Un grito ronco, desesperado, escapó de la garganta de Clint, desgarradoramente.

—¡No, no! —jadeó—. Eso no... ¡No puede ser!

Pero en el fondo sabía que protestaba un hecho cierto. Sabía que sí podía ser.

Sabía que, accidentalmente, había dado con la solución. Con la espantosa solución de todo...

CAPÍTULO IX

—**E**H, ¿qué hace? Déjeme salir... Me voy... Tengo que salir ahora...

Jeremy Talbot negó lentamente, con cabezadas enérgicas. Con una sonrisa extraña y helada en su rostro.

—No, pequeña Evelyn. Ahora no. No puedes salir. Ya no —rechazó él, glacial—. Estás cogida.

—Pero... pero, ¿se ha vuelto loco? —gimió ella, asustada.

—Loco... Tú misma lo dijiste hace un momento por teléfono, ¿recuerdas? Loco... Se lo dijiste a tu querido Clint. Clint Dillman, que te telefoneaba. Oí la conversación por un supletorio. Me enteré de todo. Vaya, vaya... ¿De modo que me odias y estoy loco? Pequeña e inteligente criatura... ¿Qué sabes tú lo que es locura?

—Gritaré —avisó Evelyn, con tono amenazador—. Déjeme pasar, enseguida.

—Observarás que las puertas y ventanas están cerradas. No vas a poder hacerte oír de nadie. Envié a la calle hace un momento a vuestro mayordomo y a la doncella, con dos excusas triviales. Te has quedado aquí. Conmigo. Pero no por mucho tiempo, claro. Debemos salir de aquí tú y yo. No me gustan las chicas tan listas. Ya veo que tu amor se libró de morir. Lástima. Lo había preparado tan bien...

—¿Usted... usted lo preparó? —el horror de Evelyn iba en aumento.

—Natural, hijita. Tu novio era un peligro para mí. Él también es listo. Espero que no haya entendido tus comentarios y no le sirvan de guía... Luego, cuando te encuentren muerta, no creo que se acuerde de nada ni te relacione conmigo, preciosa...

—Muerta... —casi se quebró su voz en un sollozo—. Oh, no, no...

—Es lamentable, pero así ocurrirá. No puedo hacer otra cosa, querida. Vamos ya.

—¡No! —jadeó ella—. Papá va a ayudarme...

—Tu padre no puede hacer ya nada por ti —rio Talbot—. Murió.

—¡Oh, no, no! —chilló ella, exasperada—. ¡Miente, está mintiendo...!

—No miento. Mira, cariño. Ve al verdugo de tu padre... Trabajó bien, bajo mis órdenes, cuando ha asesinado a tu padre... Es una persona experta en matar. Y en mutilar...

En el paroxismo de su horror, se volvió ella, desesperada. La visión espantosa le arrancó un helado grito de pavor.

Gladys Prince, la rubia walkiria nórdica, la mujer fuerte y atlética, aparecía allí, en la escalera, con un enorme cuchillo sangrante, con sus ropas salpicadas de rojo, con un gesto de gozo, de placer, haciendo brillar sus pupilas radiantes, crispando demoníacas sus facciones, hasta darle la belleza terrible de una diosa cruel, vengativa y sanguinaria. Lo que sin duda era y había sido siempre Gladys Prince...

Era demasiado para Evelyn. Cedió su resistencia. Exhaló un alarido de pavor, de angustia suprema, ante la sangre derramada, que imaginaba fácilmente de qué arterias fluyó al clavar Gladys su cuchillo...

Luego, Evelyn Banyard rodó por la alfombra, inconsciente.

—Bien —habló con frialdad Talbot—. Esto facilita las cosas. Cubre tus ropas con el abrigo, Gladys, Toma a la chica y envuélvela en algo. Nos vamos. Quiero tiempo para disfrutar en la contemplación de la muerte de la chica, a la vez que le vamos refiriendo todos los horrores que su padre te hizo hacer en las víctimas por él elegidas, cuando te contrató como su ejecutora personal... Gladys, gozaremos mucho tú y yo viendo morir a Evelyn tan lentamente.

—Sí, sí... —jadeó la rubia amazona, con aire triunfal. Sus ojos centelleaban, fijos en Evelyn, ávidos de complacencia en la muerte calmosa y terrible—. Vamos ya...

Los dos asesinos lo dispusieron todo rápidamente. Abandonaron la casa de los Banyard con el cuerpo sin movimiento de Evelyn.

Arriba, en su despacho, se desangraba el cuerpo acuchillado de Lamont Banyard, víctima de la furia cruel de su amigo y rival de apuestas, al saber que Dillman vivía gracias a su intervención. Y Gladys, la ejecutora de Banyard, se pasaba fácilmente al peor de ambos hombres, para complacerle en su sangrienta cadena de horrores.

Horrores de los que ahora era Evelyn la víctima siguiente. Víctima que ni siquiera podía defenderse o luchar contra lo imposible...

* * *

Clint asomó al despacho.

No se llevó sorpresa alguna. Había esperado ya algo así, desgraciadamente.

Ahora, no hacía sino confirmar lo que ya sabía. Lo que presentía, lo que había imaginado, apenas captó el auténtico sentido y significado de las observaciones intuitivas de Evelyn.

El cuerpo de Lamont Banyard era un auténtico pelele sangriento.

Pero aun así, no se sabía qué extraña fuerza, qué residuo final y desesperado de humanas energías, había logrado animar aquel cuerpo acribillado para que el millonario estuviera aun agitándose, reptando, tratando en vano de moverse, de ir a alguna parte, tremendamente blanco en contraste con la sangre derramada.

—¡Banyard! —corrió Clint hacia él, se inclinó, sin tocarle siquiera, puesto que todo su cuerpo era un puro dolor agonizante, y la sangre le envolvía como una mortaja escarlata siniestra.

Unos ojos terribles, dilatados, se fijaban en él desde la máscara de cera de un rostro carente de sangre. Banyard jadeó:

—Usted... llegó... ¿Lo sabe... todo?

—Casi todo. Lo magino. Una colección nueva y atroz. Restos humanos, trofeos de seres asesinados. ¿Cómo se metió en eso?

Banyard no dijo nada. Agitó una mano, horriblemente manchada de rojo.

—Mi... hija, Clint... —le oyó mascullar entre borbotones—. Se la llevó...

Un escalofrío de horror agitó a Clint. Entendió enseguida. No

hacía falta ser un lince para entender la patética, tremenda advertencia del moribundo. Evelyn... Estaba en manos del monstruo...

—¿Adónde? —aulló, imperioso.

—No sé... —gimió el moribundo—. Algún lugar escondido... Tuvimos un refugio en... en Brooklyn... Un viejo almacén...

No dijo más. Era cuanto podía dar de sí aquel pobre cuerpo. Se derrumbó definitivamente, a los pies de Clint. Este le vio dar un último espasmo, quedarse quieto, con los ojos desorbitados.

Cerró rápidamente sus párpados. Salió de la casa, como una exhalación. Se detuvo lo preciso para llamar por teléfono al restaurante de Tony. Los temores de Banyard sobre su hija eran ciertos, desgraciadamente.

No había ido al restaurante. No había aparecido.

Ella estaba en poder del monstruo asesino. Ella conocería sin duda, antes de morir, el horror de su padre, la tremenda y estúpida apuesta, la serie de crímenes injustificables, producto del fanatismo coleccionista de un solo hombre: Jeremy Talbot, que arrastró a Banyard a un abismo de horrores sin fin.

—Evelyn tenía razón... —jadeó, corriendo a su coche, sin alientos casi—. Algo malo, algo perverso se ocultaba en él. Pero sin duda que nadie podíamos imaginar siquiera que ese algo fuese tan terrible, tan... espantoso...

Desde su automóvil, manejó el radioteléfono mientras conducía en forma febril.

Llamadas a la policía metropolitana, a McDonald, al FBI, a todos los centros de policía posibles. Orden de busca de Jeremy Talbot, y aviso de que peligraba la vida de la hija de Banyard. De la culpabilidad de este, ni una palabra aún. Silencio completo, en tanto no supiera hasta dónde había averiguado la tremenda verdad la propia Evelyn... si es que aún vivía.

La cacería empezaba.

Todos hacia Brooklyn, en un despliegue increíble de fuerza. Todos en busca de un hombre, casi una fiera, o quizá peor que la peor de las fieras de la jungla.

Todos a por Talbot. Pero todos, también para ayudar a Evelyn. O intentarlo, al menos si existía la más mínima posibilidad de tal

cosa.

La carrera se iniciaba a lo largo y ancho de todo Manhattan, rumbo a Brooklyn.

Solo un dato para localizar el almacén perdido en el inmenso Brooklyn. Había sido refugio de Banyard y de Talbot en otros tiempos. Acaso un nido de solteros o cosa así. Sería largo y tedioso averiguar cuál era. Quizá inútil, además.

Solo había un camino: la casa del propio Talbot, las amistades antiguas de ambos hombres, por si alguien había estado alguna vez en ese almacén de Brooklyn.

Era la única esperanza.

Y Clint sabía bien cuán débil podía ser...

CAPÍTULO X

EVELYN volvió lentamente en sí.

Miró a su alrededor. Enseguida, todo el horror se reavivó en ella al descubrir la presencia de Gladys, con su traje manchado de sangre. Sangre de su padre, sangre de un crimen abominable...

—Ya despertó la gacela —rio la walkiria, cruel e implacable—. Vea Talbot. Ella ya está a punto...

Jeremy Talbot, despeinado, jadeante, con la camisa desabotonada, caminó hacia ella, con maligna expresión.

—Eres hermosa, pequeña —dijo lentamente Talbot—. Lástima que debas morir. Pero eres un nombre más en la colección de mi gran apuesta... No hay clemencia, preciosa. No hay posible perdón ya. Además, sabes demasiado...

—¡No, no! —chilló ella, estremecida, exaltada, agitándose en vano en su silla, donde las ligaduras la sujetaran férreamente, en aquella amplia sala de un viejo almacén, dotada de algún mobiliario y de un frigorífico.

—Lo lamento, cariño. Deberías estar de acuerdo conmigo —rio Talbot—. Una vez muerta, no valdrás gran cosa ya. Pero serás un nombre más en mi serie. ¡La serie del mayor y más inteligente asesino de todos los tiempos!

Se acercó a ella. Evelyn cerró los ojos, gritó y gritó.

Estérilmente, sin lograr otra cosa que agudos, retumbantes ecos en la nave desierta, donde solo ella, Talbot y Gladys se hallaban.

—No lograrás nada gritando —sonrió Talbot—. Este lugar es muy apartado y muy solitario. Tiene algo encantador en su intimidad lóbrega y sombría. Me gusta lo lóbrego tal vez... Bien, no hablaré más. Gladys, ¿tienes preparado tu cuchillo?

—A punto, sí —afirmó ella, con voz sorda, salvaje la expresión, impaciente por iniciar la lenta tortura mortal—. Vamos, no pierda

tiempo.

—No... Esto va a empezar pronto... Evelyn, Gladys es algo maravilloso haciendo sufrir a los demás. Se ensaña como no podría hacerlo un tigre hambriento...

Evelyn, muda de horror, rota y vencida, sintió la náusea al rozar las manos de Talbot su cuerpo.

Luego, el jadeo trémulo del asesino feroz, su proximidad amenazadora y horrible...

* * *

Incluso la muerte sería hermosa, comparada con aquello. Iba a pasar la más dura prueba, la tortura más tremenda de todas las imaginadas por la mente perversa de Gladys, la asesina paranoica.

Talbot ya estaba allí, ya la quería atraer hacia sí...

De repente, estalló el seco impacto en alguna parte. Talbot, asustado, soltó a la joven, se revolvió.

Gladys se puso en pie de un salto, cuchillo en mano.

—¿Qué significa...? —comenzó él, aturdido.

Luego, se abrieron las puertas. Fue todo súbito, repentino.

—¡Alto en nombre de la ley federal, Talbot! —ordenó la voz rotunda de Clint Dillman.

Y Talbot intentó defenderse, desesperado. Y también Gladys, que avanzó arma en mano, como una tigresa, en tanto Talbot empuñaba su automática...

Eso fue todo.

Luego, los hombres armados que apoyaban la entrada de Clint, abrieron fuego sin contemplaciones.

Las ametralladoras barrieron a los dos, los convirtieron en peleles sangrantes, que caían acribillados por la rociada formidable de balas...

Evelyn se desvanecía ya de nuevo, pero ahora de gozo, de esperanza, de júbilo incontenible.

—¡Clint, Clint! —chilló.

—Tuvimos suerte, amor mío —Dillman fue hacia ella—. Encontré a una amante de Talbot, una bonita chica llamada Ingrid Thalen. Recordaba ese almacén. Gracias a ella llegamos a tiempo... El gang de Talbot ha caído ya también. Este horrible juego de

ajedrez humano, sobre el tablero del mundo, ha terminado.

Se abrazaron. Evelyn musitó una pregunta:

—Clint... ¿a papá... le mataron?

—Sí, Evelyn —murmuró él, piadoso—. Descubrió las culpas de Talbot y de un rival suyo en este juego, quiso denunciarles... y fue muerto por él y por su cómplice, esa mujer que fingía ser su secretaria. Ahora, estate tranquila. El juego terminó... en jaque mate.

FIN

SORTEO DEL MILLON

**PISO Y COCHE
O UN MILLON
SOLO PARA ESPAÑA**

¡Un magnífico piso y un moderno coche
pueden ser suyos!

O SI LO PREFIERE

**¡¡UN MILLON
DE PESETAS!!**

Bastará con que resida en España y nos envíe al lugar y en la fecha que le indicaremos, el cupón para participar en este sensacional sorteo. Cupón que a partir de la primera semana de Julio de 1973 encontrará en las últimas páginas de todas las novelas que EDITORIAL BRUGUERA, S. A. publica en sus populares colecciones:

AMAPOLA
MUJERES MARCADAS
SELECCION CORAL
CAROLA
CORINTO
SERVICIO SECRETO
PUNTO ROJO
BISONTE SERIE ROJA
BISONTE SERIE AZUL
BUFALO SERIE ROJA
BUFALO SERIE AZUL
CALIFORNIA
SALVAJE TEXAS

COLORADO
KANSAS
BRAVO OESTE
ASES DEL OESTE
HEROES DEL OESTE
CENTAURO
HEROES DE LA PRADERA
CALIBRE 44
OESTE LEGENDARIO
HOMBRES DEL OESTE
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO
SELECCION TERROR

Busque en la cubierta
este distintivo:

Adquiera su novela,
disfrute de unas horas
de grata lectura, envíe
el Cupón... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA

**¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO**

COCHE PUEDEN SER SUYOS!

O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el cupón que, junto con las instrucciones y bases para tomar parte en este sensacional sorteo, hallará en las últimas páginas de todas las novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

NOTAS

[1] Alusión a la escena en que el rey trata de hacer matar a Hamlet, en el viaje a Inglaterra, en la tragedia de Shakespeare.